

CUADERNOS DE LECTURA

PARA USO DE LAS ESCUELAS

REDACTADOS POR

D. Joaquin Avendaño y D. Mariano Carderera

INSPECTORES GENERALES

DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA DEL REINO

L.E. 1938



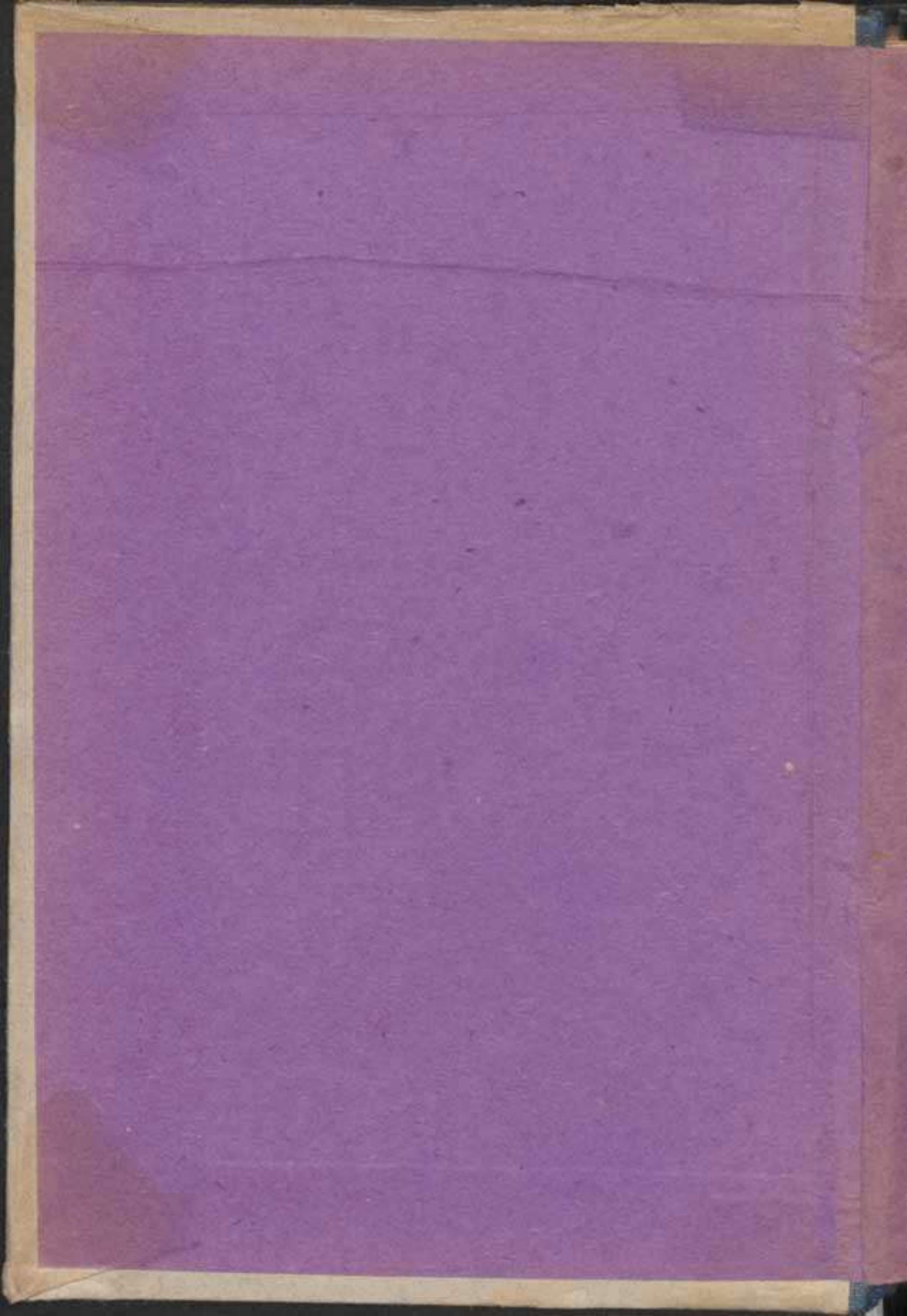
LA CORUÑA

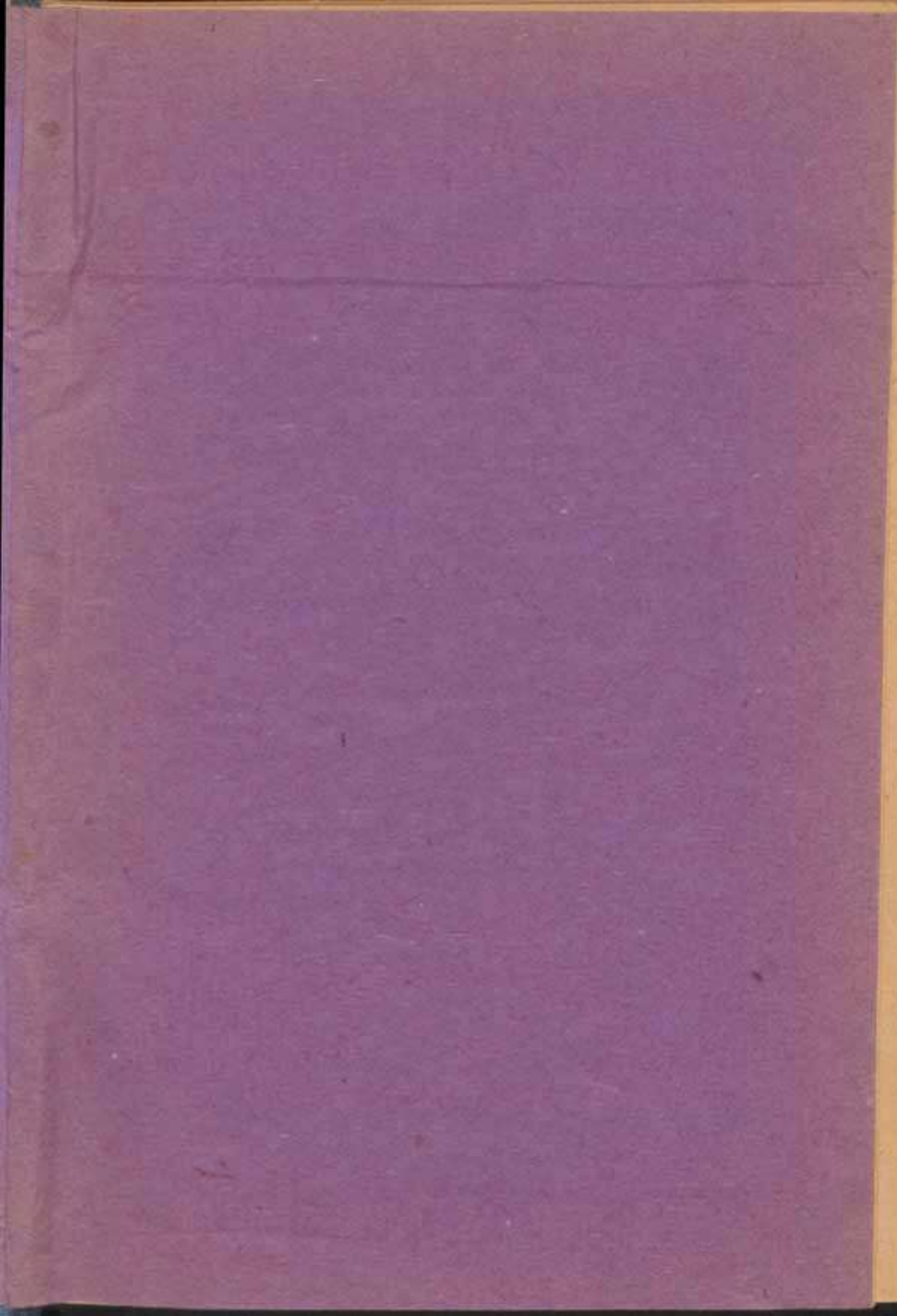
EL PROFESORADO

LIBRERÍA DE D. EDUARDO VILLARDEFrancos

28 — Rua Nueva — 28

38





4.2. 1935

CUADERNOS DE LECTURA

PARA USO DE LAS ESCUELAS

REDACTADO POR

D. JOAQUIN AVENDAÑO Y D. MARIANO CARDERERA

Inspectores generales de Instrucción primaria del Reino

Edición dedicada al Excmo. Sr. Comisario Regio
para la reforma, arreglo y dirección de las escuelas públicas de Madrid,
acomodada al método explicado en las academias de profesores

Cuarto cuaderno.—33.^a edición

R. 27.173

MADRID: 1892

AGUSTIN AVRIAL.—COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS

S. Bernardo, 92.—Teléfono 3.074

A-13
T-16



L.E. 1938

ES PROPIEDAD DE LOS AUTORES.

LECTURA SUPERIOR.

SEGUNDO GRADO.

**EJERCICIOS DE LECTURA
EN TODO GENERO DE COMPOSICIONES EN VERSO.**

6.E. 1938

I.

PRIMER EJERCICIO.

1. La Vida es Sueño.

Sueña el rico en su riqueza
Que más cuidados le ofrece,
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que á medrar empieza;
Sueña el que afana y pretende;
Sueña el que agravia y ofende;
Y en el mundo en conclusión,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende...
(Calderón.)

2. No hay desdicha que no pueda ser mayor.

Cuento.

Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y mísero estaba,

Que sólo se sustentaba
 De unas yerbas que cogía.
 ¡Habrá otro (entre sí decía)
 Más pobre y triste que yo?
 Y cuando el rostro volvió
 Halló la respuesta, viendo
 Que iba otro sabio cogiendo
 Las yerbas que él arrojó.....
 (Calderón.)

3. La nobleza consiste en la virtud.

Hay una gran necesidad,
 En el mundo introducida:
 En viendo en alto subida
 La virtud sin calidad,
 Todos afrentarla intentan,
 Y á los que miran perdidos
 Alaban por bien nacidos,
 Cuando su linaje afrentan.....
 (Fragoso.)

4. A Cristo crucificado.

Manso Cordero ofendido,
 Puesto en una cruz por mí,
 Que mil veces os vendí
 Después que fuisteis vendido;
 Dadme licencia, Señor,
 Para que, deshecho en llanto,
 Pueda en vuestro rostro santo
 Llorar lágrimas de amor.

¿ Es posible, vida mía,
 Que tanto mal os causé?
 ¿ Que os dejé, que os olvidé,
 Ya que vuestro amor sabía?

.....
 ¡ Ay de mí, que sin razón
 Pasé la flor de mis años
 En medio de los engaños
 De aquella ciega afición!
 ¡ Qué de locos desatinos
 Por mis sentidos pasaron
 Mientras que no me miraron,
 Sol, vuestros ojos divinos!

(*Lope de Vega.*)

5. Más vale callar.

Santo silencio profeso;
 No quiero, amigos, hablar,
 Pues vemos que por callar
 A nadie se hizo proceso:
 Ya es tiempo de tener seso,
 Bailen los otros al son,
 Chitón.

Que piquen con buen concierto
 Al caballo más altivo,
 Picadores si está vivo,
 Pasteleros si está muerto;
 Que con hojaldre cubierto
 Nos den un pastel frisón,
 Chitón.....

(*Quevedo.*)

6. El pajarillo.

Yo ví sobre un tomillo
 Quejarse un pajarillo,
 Viendo su nido amado,
 De quien era caudillo,
 De un labrador robado.
 Vile tan congojado
 Por tal atrevimiento
 Dar mil quejas al viento,
 Para que al cielo santo
 Lleve su tierno llanto,
 Lleve su triste acento.
 Ya con triste armonía
 Esforzando el intento,
 Mil quejas repetía;
 Ya cansado callaba,
 Y al nuevo sentimiento,
 Ya sonoro volvía:
 Ya circular volaba,
 Ya rastrero corria,
 Ya pues de rama en rama
 Al rústico seguía,
 Y saltando en la grama
 Parece que decía:
 « Dame, rústico fiero,
 Mi dulce compañía ; »
 Y ¿ qué le respondía
 El rústico? « No quiero. »
 (Villegas.)

7. Letrilla.

*Ande yo caliente,
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno,
Del mundo y sus monarquias,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente,
Y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
El príncipe mil cuidados,
Que yo en mi pobre mesilla,
Quiero más una morcilla
Que en el asador reviente,
Y riase la gente.

Cuando cubre las montañas
De plata y nieve el enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.

(Góngora.)

8. Convite en el campo.

Debajo de aquel árbol
 De ramas bulliciosas,
 Donde las auras suenan,
 Donde Favonio sopla;
 Donde sabrosos trinos
 El ruiseñor entona,
 Y entre guijuelas rie
 La fuente sonora;
 La mesa, oh Nise, ponme
 Sobre las frescas rosas,
 Y de sabroso vino
 Llena, llena la copa.
 Y bebamos alegres
 Brindando en sed beoda
 Sin penas, sin cuidados,
 Sin sustos, sin congojas.
 Y deja que en la corte
 Los grandes, en buen hora,
 De adulación servidos
 Con mil cuidados coman.

(Iglesias.)

 9. El arroyo.

Vagaba por los montes
 Un arroyuelo humilde,
 Jamás acostumbrado
 A salir de su linde.
 Viniéronle deseos
 De ver el mar horrible.

Movido de las cosas
 Que de él la fama dice;
 Y con ocultos pasos
 Entre espadaña y mimbres,
 Hizo que por el valle
 Sus aguas se deslicen.
 Ya que llegó á la orilla
 Que las ondas embisten,
 Los peligros le asustan,
 Los golfos y las sirtés,
 Y cuando ver creía
 Palacios de viriles,
 Y en trono de corales
 Neptuno y Anfitrite,
 Halló las bramadoras
 Tempestades terribles;
 Cadáveres y tablas
 De naves infelices.
 Atrás volver el paso
 Quiso, pero lo impiden
 Erizados peñascos,
 Montes inaccesibles;
 Sin amparo en la tierra
 El de los cielos pide:
 ¿Hubo marinos dioses
 Que él no invocase humilde?
 Pero á su ruego sordos
 La súplica no admiten;
 Que haber suele ocasiones
 En que el llanto no sirve.
 Así sucede al hombre
 Que su quietud despide,
 Y á los vicios se entrega
 Que halagüeños le brindan.
 Que al verse aprisionado
 Entre pasiones viles,

Salir intenta cuando
Salir es ya imposible.

(Moratin.)

10. Los días.

No es completa desgracia
Que por ser hoy mis días,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

Pero ¡qué!.... No la cierres,
Si es menester abrirla;
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado;
Según lo que rechina,
Es el de don Venancio,
¡Famoso petardista!

¡Oh! ya está aquí don Lucas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras.

Don Genaro, don Zoilo,
Y doña Basilisa,
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Toroños
Me fuera por no oirlas:

Ya todos se preparan,
 (Y no bastan las sillas)
 A engullirme bizcochos,
 Y dulces y bebidas.

Llénanse de mujeres
 Comedor y cocina,
 Y de los molinillos
 No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
 Aquí y allí pellizcan;
 Todo lo gulusmean,
 Y todo las fastidia;

Ellos los hombronazos
 Piden á toda prisa
 Del rancio de Canarias,
 De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
 Cinco, nueve se chiflan.
 ¿Pues, señor, hay paciencia
 Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
 ¿Así el amor se explica,
 Dejando mi despensa
 Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
 Canalla descreida,
 Me aturden con sus golpes,
 Llantos y chilladiza.

El uno acosa el gato
 Debajo de la silla,
 El otro se echa acuestas
 Un cangilón de almíbar;

Y al otro que jugaba
 Detrás de las cortinas,
 Un ojo y las narices
 Le aplastó la varilla

Ya mi bastón les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

.....
Váyanse en hora mala:
Salgan todos aprisa;
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venían,
Si quieren baile vayan
Al soto de la villa.

(Moratín.)

11. La barquilla.

Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola;
¿A dónde vas perdida?
¿A dónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves,

Te apartas animosa
De la vecina tierra
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas:
Segura navegabas;
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
A donde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No lleves cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas:
¿Quién te engañó, barquilla?

Vuelve, vuelve la proa,
 Que presumir de nave
 Fortunas ocasiona.
 ¿Qué jarcias te entretejen?
 Qué ricas banderolas
 Azote son del viento,
 Y de las aguas sombra?
 ¿En qué gavia descubres
 Del árbol alta copa,
 La tierra en perspectiva,
 Del mar incultas orlas?
 ¿En qué celajes fundas
 Que es bien echar la sonda
 Cuando perdido el rumbo
 Erraste la derrota?
 Si te sepulta arena,
 ¿Qué sirve fama heróica?
 Que nunca desdichados
 Sus pensamientos logran.
 ¿Qué importa que se ciñan
 Ramas verdes ó rojas,
 Que en selvas de corales
 Salado césped brota?
 Laureles de la orilla
 Solamente coronan
 Navios de alto bordo,
 Que jarcias de oro adornan.
 No quieras que yo sea
 Por tu soberbia pompa,
 Faetonte de barqueros,
 Que los laureles lloran.
 Pasaron ya los tiempos,
 Cuando lamiendo rosas,
 El céfiro bullía
 Y suspiraba aromas.
 Ya fieros huracanes

Tan arrogantes soplan.
 Que salpicando estrellas,
 Del sol la frente mojan.
 Ya los valientes rayos
 De la vulcana forja,
 En vez de torres altas
 Abrasan pobres chozas.
 Contenta con tus redes,
 A la playa arenosa
 Mojada me sacabas;
 Pero vivo ¿qué importa?
 Cuando de rojo nácar
 Se afeitaba la aurora,
 Mas peces te llenaban
 Que ella lloraba aljófár.
 Al bello sol que adoro,
 Enjuta ya la ropa,
 Nos daba una cabaña
 La cama de sus hojas.
 Esposo me llamaba,
 Yo la llamaba esposa,
 Parándose de envidia
 La celestial antorcha.

12. Epitafio de un valenton.

Rendi, rompí, derribé,
 Rajé, deshice, prendí,
 Desafié, desmentí,
 Venci, acuchillé, maté.
 Fui tan bravo, que me alabo
 En la misma sepultura;

Matóme una calentura:
 ¿Cuál de los dos es más bravo?
 (*Lope de Vega.*)

13. Epitafio al túmulo del principe D. Carlos.

Aquí yacen de Carlos los despojos;
 La parte principal subióse al cielo;
 Fué con ella el valor; quedóle al suelo
 Miedo en el corazon, llanto en los ojos.
 (*Fr. Luis de León.*)

14. Soneto.

Vierte alegre la copa en que atesora
 Bienes la primavera, da colores
 Al campo, y esperanza á los pastores
 Del premio de su fe la bella Flora:
 Pasa ligero el sol á donde mora
 El Cancro abrasador, que en sus ardores
 Destruye campos y marchita flores,
 Y el orbe de su lustre descolora.
 Sigue el húmedo otoño, cuya puerta,
 Adornar Baco de sus dones quiere;
 Luégo el invierno en su rigor se extrema.
 ¡Oh variedad común! ¡Mudanza cierta!
 ¿Quién habrá que en sus males no te espere?
 ¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?
 (*Arquijo.*)

15. Soneto.

«Díme, Padre común, pues eres justo,
 ¿Por qué ha de permitir tu providencia,
 Que arrastrando prisiones la inocencia,
 Suba la fraude á tribunal augusto?»

¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
 Hace á tus leyes firme resistencia?
 ¿Y que el zelo, que más la reverencia,
 Gima á los piés del vencedor injusto?»

Vemos que vibran victoriosas palmas
 Manos inícuas, la virtud gimiendo
 Del triunfo en el injusto regocijo.....»

Esto decia yo, cuando riendo
 Celestial ninfa apareció y me dijo:
 «Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

(Bartolomé de Argensola.)

16. Madrigal.

Ojos claros, serenos,
 Si de dulce mirar sois celebrados,
 ¿Por qué si me mirais, mirais airados?
 Si cuanto más piadosos
 Mas bellos pareceis á quien os mira,
 ¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
 Ojos claros, serenos,
 Ya que así me mirais, miradme al menos.

(Gutierrez de Cetina.)

17. Desafío de Tarfe.

Romance morisco.

Si tienes el corazon,
 Zayde, como la arrogancia,
 Y á medida de las manos
 Dejas volar las palabras;
 Si en la Vega escaramuzas,
 Como entre las damas hablas;
 Y en el caballo revuelves
 El cuerpo como en las zambras;
 Si el aire de los bohordos
 Tienes en jugar la lanza,
 Y como danzas la toca,
 Con la cimitarra danzas;
 Si eres tan diestro en la guerra
 Como en pasear la plaza,
 Y como á fiestas te aplicas,
 Te aplicas á las batallas;
 Si como el galán ornato,
 Usas la lucida malla,
 Y oyes el son de la trompa,
 Como el son de la dulzaina;
 Si como en el regocijo
 Tiras gallardo las cañas,
 En el campo al enemigo
 Le atropellas y maltratas;
 Si respondes en presencia
 Como en ausencia te alabas;
 Sal á ver si te defiendes
 Como en el Alhambra agravias.
 Y si no osas salir solo,
 Como lo está el que te aguarda,
 Alguno de tus amigos

Para que te ayuden saca;
 Que los buenos caballeros
 No en palacios ni entre damas
 Se aprovechan de la lengua,
 Que es donde las manos callan;
 Pero aquí que hablan las manos,
 Ven y verás cómo habla
 El que delante del rey
 Por su respeto callaba.

Esto el moro Tarfe escribe
 Con tanta cólera y rabia,
 Que donde pone la pluma,
 El delgado papel rasga.
 Y llamando á un paje suyo,
 Le dijo: « Vete al Alhambra,
 Y en secreto al moro Zayde
 Da de mi parte esta carta;
 Y dirásle que le espero
 Donde las corrientes aguas
 Del cristalino Genil
 Al Generalife bañan. »

18. Los gatos escrupulosos.

Fábula.

¡Qué dolor! por un descuido
 Micifuf y Zafirón
 Se comieron un capón,
 En un asador metido:
 Después de haberse lamido,
 Trataron en conferencia
 Si obrarian con prudencia
 En comerse el asador.

¿Lo comieron? No señor;
Era caso de conciencia.

(*Samaniego.*)

19. El perro y el cocodrilo.

Fábula.

Bebiendo un perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corría:
«Bebe quieto,» le decía
Un taimado cocodrilo.

Díjole el perro prudente:
«Dañoso es beber y andar,
¿Pero es sano el aguardar
A que me claves el diente?»

¡Oh qué docto perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

(*Idem.*)

20. Los dos conejos.

Por entre unas matas
Seguido de perros,
No diré corría,
Volaba un conejo:
De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: «Tente,
Amigo, ¿qué es esto?»

« ¡Qué ha de ser! responde:
 Sin aliento llego...
 Dos pícaros galgos
 Me vienen siguiendo. » —
 « Sí (replica el otro)
 Por allí los veo...
 Pero no son galgos. » —
 « ¿Pues qué son? » — Podencos. » —
 « ¿Que podencos, dices?
 Sí, como mi abuelo:
 Galgos y muy galgos;
 Bien visto lo tengo. » —
 « Son podencos, vaya:
 Que no entiendes de eso. » —
 « Son galgos te digo. » —
 « Digo que podencos. »
 En esta disputa
 Llegando los perros,
 Pillan descuidados
 A mis dos conejos.
 Los que por cuestiones
 De poco momento
 Dejan lo que importa,
 Lévense este ejemplo.

(Iriarte.)

II.

1. Poética.

Si el noble anhelo de la eterna fama
Que nuestros pátrios vates merecieron
Vuestros fogosos ánimos inflama,
No os arrojéis, oh jóvenes hispanos,
Con temerario afán á la árdua empresa,
Ni con incierto paso
Holléis á ciegas la escabrosa via
Que á la cumbre conduce del Parnaso.

.....
Tanto puede en las artes el *buen gusto* :
Elegidle por juez; y haciendo gratas
Del *genio* la invención y la riqueza,
Dé á vuestras obras unidad, enlace,
Proporción, orden, sencillez, belleza.

.....
Lo que claro concíbese en la mente,
Se pinta fácilmente;
Y natura presenta ya escogido,
El contorno, la sombra, el colorido;
Mas de un vate la oscura fantasía
Aborta mil engendros monstruosos,

Y luégo los envuelve y atavia
 Con términos confusos y pomposos :
 Tal vez parto sublime , sobrehumano ,
 Lo aclama sorprendido el vulgo necio ;
 Mas la razón se acerca y con desprecio
 Ve el bulto informe entre el ropaje vano.

La expresión que no es clara nunca es bella,
 Y el vate que presume ser sublime
 Elevando la frase hinchada , oscura ,
 Es cual hueca fantasma que de noche
 Remeda de un gigante la estatura.

.....
 La noble sencillez sólo es sublime :
 Zeuxis pintó desnuda á la belleza ;
 Mas un mal escritor con hueco manto
 Pretende á sus estátuas dar nobleza.

No empero por temor de extraviaros
 Si remontais el vuelo ,
 Con palabra vulgar ó frase humilde
 Os arrastreis por el suelo ;
 Jugar suelen acaso
 Con túnica sencilla y canto fácil
 Las venturosas hijas del Parnaso ;
 Mas nunca el almo coro
 Consiente que con frase torpe ó baja
 Su pudor se amancille ó su decoro.

La expresión más sencilla noble sea ,
 Y aunque propia parezca en vuestras obras,
 La voz plebeya que condene el uso
 Proscrita de sus términos se vea.

.....
 Tanto puede la unión artificiosa,
 Una sombra, un matiz; correcta y pura
 Muestre la humilde prosa
 De un modesto grabado la hermosura;
 Mas el habla poética requiere

La riqueza, el realce, el dulce encanto
 Que ostenta una bellísima pintura :
 Su grato colorido
 Es más vivo, más fuerte, más osadas
 Sus libres pinceladas ;
 Ya un mismo objeto nos retrata diestra
 Bajo un aspecto y otro diferente ;
 Ya con mano maestra
 Los perfiles desdienta, y con un rasgo
 Rápido, audaz la pinta en nuestra mente.

.....
 Cual con mármol precioso ó duro bronce,
 No con plebeyo barro ó blanda cera,
 A la bella natura
 Imita el escultor, dándole gloria
 Los obstáculos mismos que supera ;
 Tal con habla elevada, rica y pura,
 Imitala el poeta,
 Y las voces indóciles sujeta
 Del riguroso verso á la *mensura* :
 De do nace la música sonora
 Del habla de las Musas soberana,
 Y la interna dulzura encantadora
 Que colma de deleite á los mortales
 Al escuchar sus ecos celestiales.

.....
 Propia, grata, distinta
 Ostente cada verso su cadencia,
 Tan sensible al oído y variada
 Cuál música acordada ;
 Sin que uno y otro verso le repita
 A medido compás el eco mismo,
 Como al herir los cíclopes su ayunque
 Repiten las cavernas del abismo.
 Mas de divino coro el dulce canto
 No á la *varia cadencia* debe sólo

Su celestial encanto ;
 En conciertos suaves
 Muestra con arte unidos
 Los diversos sonidos ,
 Ya agudos y ya graves ;
 Y con dulce , suavísima *harmonia*
 Hechizando al oído blandamente ,
 Cautiva al corazón , rinde la mente.

Así el hijo de Apolo al par recrea
 Con grata consonancia los sentidos ,
 Los humanos afectos lisonjea ,
 Y aún procura imitar con sus sonidos
 La viva imágen que pintar desea ,
 Con plácidos acentos
 Y dulce *melodia*
 Nos retrata los tiernos sentimientos ,
 La blanda paz y cándida alegría :
 Si el tierno amor le inspira ,
 Con dulce son suspira ;
 Canta con voz sonora
 A la beldad que adora ;
 Mas celoso tal vez se enciende en ira ,
 Y sus roncós acentos
 Nos anuncian sus bárbaros tormentos.
 Si pinta á la apacible primavera ,
 Aspira á remedar con el sonido
 Del arroyuelo el plácido murmullo ,
 Del cordero el balido ,
 Y de amorosa tórtola el arrullo ;
 Mas si del crudo invierno
 Nos describe el horror , ya nos parece
 Que escuchamos rugir el ronco viento ,
 Las ondas y el bramido
 Del ponto embravecido ,
 Y al horrisono trueno ,
 Que en las cóncavas bóvedas rodando ,

Del mar retumba en el profundo seno.
 Tal en los juegos Píticos un día,
 De Apolo eternizando la alta gloria,
 La diestra flauta remedar solía
 Del sacro númen la inmortal victoria:
 Rápido se veía
 Correr, volar el dios, vibrar la flecha;
 Y con terrible estruendo
 Enroscarse, silbar, y al mortal golpe
 Arrastrarse en la tierra el mónstruo horrendo.

Al músico y cantor no ceda el vate
 En estudiar con ansia noche y día
 El mágico poder de la *harmonia*;
 Que una voz, una sílaba, un acento,
 Si ingrato suena en importuno sitio,
 Desluce el más gallardo pensamiento.
 Tanto con arte entrelazar importa
 En apacible unión las varias voces;
 Concertar los sonidos,
 Graves y agudos, tardos y veloces;
 Y evitando los ásperos finales,
 Los ecos repetidos,
 Monótonos, iguales,
 Halagar dulcemente los oídos.

.....
 A par del fino oído
 Severa es la razón, y no consiente
 Que un eco vano y frívolo sonido
 Perturbe su atención inútilmente,
 Ni por excusa admite
 De dulce verso la cabal medida:
 Su compás grato, y la final cadencia
 Sujeta de la *rima* á la ley dura,
 Exige que las voces armoniosas,
 Para pintar la imágen clara y viva,
 Se ofrezcan voluntarias, oficiosas;

Que nunca se perciba
 En metro ni en cadencia
 Esfuerzo ni violencia;
 Y aunque la rima en el final acento
 Nazca, bríndese afable
 A dar gracia y vigor al pensamiento.

.....
 Luzca el arte en buen hora
 Del metro, la cadencia y la armonía,
 La música sonora,
 Y hasta la rima añada
 Su dulcísima fuerza encantadora;
 Mas siempre en vuestras obras respetada
 La severa razón, muéstrense en ellas
 Todos esclavos, la razón señora.

Invención, habla hermosa, dulces versos
 Al par en vuestras obras resplandecen;
 ¿Por qué suerte fatal apenas nacen,
 Olvidadas del público perecen?
 Porque no basta á vates y pintores
 La feliz invención, el fiel diseño,
 Ni hermanar diestramente los colores;
 Han menester el arte, el don precioso
 De tan raros ingenios poseido,
 De dar á cada asunto, á cada cuadro
 La propia forma, el propio colorido.

.....
 En concierto feliz el arte ostente
 Composición, diseño, colorido
 Propio de cada cuadro y conveniente;
 Y en asuntos diversos
 Al par de ellos varíe
 Pensamientos, dicción, estilo, versos;
 Que no asienta el ornato, el fausto y brillo
 Al asunto sencillo;
 Al grave la altivez ó la llaneza;

Y al noble y elevado
 Cuanto amengüe su lustre y su grandeza
 Con voz distinta y peculiar acento
 Enseña la razón altas verdades,
 Luce el festivo ingenio su agudeza,
 Pinta la fantasía,
 Y expresa el corazón su sentimiento;
 Mas quien los varios tonos
 Mezcla al acaso y sin cesar varía,
 ¿Qué pretende con torpe disonancia,
 Sino mostrar su orgullo y su ignorancia?

Nacida entre la paz y la dulzura
 De la dorada edad, la *Egloga* amable
 Su inocencia celebra y su ventura:
 Sus blandos sentimientos,
 Sus sencillos acentos,
 Fáciles nacen en su pecho y labio;
 Ni muestra ingenio, ni agradar procura;
 Y cándida, inocente,
 Nos muestra fiel cuanto en el alma siente.

A par condena el fausto y el esmero
 De altiva cortesana,
 Y el tono vil y el hábito grosero
 De rústica villana:
 Con arte no aprendido
 Cual el canto del ave,
 Suena su voz suave;
 Con las flores del prado se engalana;
 Y en su inocencia pura,
 Con la vecina fuente
 Sus adornos consulta y su hermosura.

.....
 Mas su tono sencillo
 No es menos variado
 Que dulce y sazonado,
 Y su canto suave.

Siguiendo el eco de apacible avena,
Cual manso arroyo entre las flores suena.

De campestres guirnaldas más ornado,
Y de artificio y pompa al par ajeno,
Muéstrase el tierno *Idilio*

De nativa bondad y gracia lleno:
Ya con fácil pincel en breves cuadros
Retrate de la plácida natura

La gala y hermosura;
Ya con eco sensible y lastimero,
De Adónis nos describa el caso fiero.

Con voz más elevada
Y noble desaliento afectuoso,
Suelto el cabello, humedecido en llanto
Andrómaca lamenta al tierno esposo:

Ni la misera expresa su quebranto
Con tono osado y fuego impetuoso,
Ni recuerda con fausto las memorias
De las troyanas glorias;
Envidia en su aflicción la cruda muerte
De otra infeliz princesa, y la antepone
Al lento afán de su enemiga suerte.

Tal la triste *Elegía*
Con blanda voz y pecho enternecido,
Los casos llora de la suerte impía:
En su lánguido tono, en su descuido,
Descubre su dolor y su ternura,
Sin humillarse nunca torpemente
Ni presumir de ingenio y hermosura.
Mísera y sola, en sus amargas quejas
Alivio busca el ánimo doliente;
Sus cantos son gemidos,
Y sus ecos sentidos
Nacen del corazón, no de la mente.

.....
Con mayor pompa, fuego y osadía

Que la tierna Elegía,
 Dioses, hazañas, inclitos varones
 La *Oda sublime* entusiasmada canta:
 Y al claro son de la harmoniosa lira
 Píndaro arrebatado,
 La olímpica palestra abrirse mira;
 Los carros ve volar, oye el estruendo,
 De cien pueblos escucha los clamores,
 Y en cánticos de gloria
 Del triunfador ensalza la victoria.

.....
 Menos libre y audaz, pero al par noble,
 Si la santa virtud al vate inspira,
 Dulces himnos cantando en su alabanza,
 Con grave majestad pulsa la lira.
 Así Horacio y León cantan suaves
 La blanda libertad y paz serena
 De la inocente vida,
 De ambición libre y de temor ajena;
 Mas si la horrenda faz aborrecida
 Les muestra el vicio y su furor provoca,
 Infiámase su mente,
 Su voz airada trueno,
 Y al crimen insolente
 A eterno oprobio y confusión condena.

.....
 Si en más altas *Canciones*,
 Del son acompañado de la lira,
 El sacro vate á remedar aspira
 El ímpetu y ardor de las pasiones,
 Sus imágenes vivas y animadas,
 Su voz, su canto, el número, el acento,
 Del corazón reciban,
 El tono, la expresión, el movimiento.
 Mas al festivo ingenio deba solo,
 El sutil *Epigrama* su agudeza:

Un leve pensamiento,
 Una voz, un equívoco le basta
 Para lucir su gracia y su viveza;
 Y cual rápida abeja, vuela, hiere,
 Clava el fino aguijón, y al punto muere.

Sin aguda saeta venenosa,
 El ala leve y ricos los colores,
 Cual linda mariposa
 Que juega revolando entre las flores,
 El tierno *Madrigal* ostenta ufano
 En su voluble giro mil primores;
 Mas si al ver su beldad tocarle intenta
 Aspera y ruda mano,
 Conviértese al instante en polvo vano.

El rígido *Soneto*,
 Avaro en voces, pródigo en sentido,
 Encierra en breve espacio un gran conceto.
 Ya festivo, ya grave, ya sublime,
 Siempre exacto, bellissimo, ingenioso,
 Estrecha un pensamiento, no le oprime;
 Mas sin darle ni tregua ni reposo,
 Le ve nacer, crecer, apresurarse,
 Y espirar en el término forzoso.

No en tan estrechos límites cercado,
 Breve, sencillo, fácil, inocente,
 De graciosas ficciones adornado
 El *Apólogo* instruye dulcemente:
 Cual si solo aspirase al leve agrado,
 De la verdad oculta el tono grave;
 Al bruto, al pez, al ave,
 Al ser inanimado
 Les presta nuestra voz, nuestras pasiones;
 Y al hombre da, sin lastimar su orgullo,
 De la razón las útiles lecciones.

.....
 Así nos muestra Fedro á la inocencia

En figura del tímido cordero,
 Víctima débil de la atroz violencia
 Retratada en el lobo carnicero:
 De uno y otro carácter la pintura
 Al natural copiada, fiel y viva,
 Nuestra atención cautiva;
 Y con crédula angustia nos parece
 Oír del corderillo el triste acento,
 Y el ronco aullar de su opresor sangriento.

Menospreciando el frívolo artificio,
 La *Sátira*, maligna en la apariencia,
 Sana en el corazón, persigue al vicio
 Por vengar la virtud y la inocencia:
 Ya su enérgico tono, grave, austero,
 Muestra un censor severo;
 Ya su rápido curso, su vehemencia,
 El fuego que respira,
 Su indócil impaciencia
 El ímpetu descubre de la ira;
 Ya, en fin, sagaz su cólera ocultando,
 Las finas armas del ingenio emplea;
 Y al vicio vil la máscara arrancando,
 Burlándose festiva se recrea.

.....
 Con tono más pacífico y templado
 La *Musa del saber* al hombre enseña,
 Y darle útil doctrina no desdeña
 Con voz sonora y celestial agrado:
 Ni envuelve la verdad en ficción leve,
 Como el sencillo Apólogo, ni osada
 El torpe vicio á perseguir se atreve;
 Tranquila, grave, augusta
 Enseña sosegada
 Las ciencias y las artes bienhechoras;
 Y temiendo mostrar su faz adusta,
 Adórnala con gracias seductoras.

.....
 Siempre atento á su fin, útil y grato,
 No consiente el *Didáctico poema*
 Ocioso lujo y frívolo aparato:
 Sencillez, claridad, breves preceptos,
 Sin vana ostentación ni vil bajeza
 Son su mayor belleza,
 Su noble fondo, su modesto ornato;
 Y si tal vez enlaza artificioso
 Dulce ficción y vivas descripciones,
 Es para dar al ánimo reposo
 Y hacer gratas sus útiles lecciones.

.....
 ¿Visteis tal vez en mármol imitado
 Del triste Laocoonte el duro trance,
 Cuando de horribles sierpes relajado
 Ve á su vista espirar sus propios hijos
 Sin que su vida á redimir alcance?
 A un tiempo mismo el alma consternada
 Del arte imitador la mágica admira;
 Por el mísero padre
 Ansia, teme, suspira;
 Y al lamentar su acerba desventura,
 Templa su pena incógnita dulzura.

Tal es de la *Tragedia* el dulce encanto
 No refiere, no pinta; representa
 Un suceso terrible, lastimoso,
 Y tan viva su imagen nos presenta,
 Que con tierno placer arranca el llanto.

.....
 Una, grande, completa, interesante,
 La acción trágica sea;
 Con tal arte imitada y semejante
 A la misma verdad, que el pueblo vea
 La imagen fiel y viva,
 Y con grato dolor y sobresalto

De su ilusión apenas se aperciba.

.....
 Con sus propios matices y colores
 Los varios caractères pinta el *Drama*;
 Y nunca en sus retratos contradiga
 La fábula, la historia ó común fama:
 Si imita por ventura
 De la triste Ifigenia el fin funesto,
 Pintenos su inocencia y su ternura;
 Al fiero Aquiles impaciente, altivo;
 Terrible en su dolor á Clitemnestra;
 A Agamenón soberbio y vengativo.
 Por único modelo y por maestra
 A la varia natura el arte elija;
 Y, ya retrate fiel, ya osado invente,
 A cada actor del drama dé un carácter
 Propio, bello, distinto y consecuente.

Su índole y situación, su edad y pátria,
 Sus costumbres, afectos y pasiones,
 Den á su lábio el oportuno acento,
 Sus designios dictando y sus acciones:
 No hablen lo mismo el padre y el esposo,
 El fiero rey y el débil cortesano,
 El nómida feroz y el culto griego,
 El mozo altivo y el prudente anciano.

Aun en el hombre mismo
 Muestra cada pasión su voz y acento;
 El humilde dolor clama, suspira;
 Ruge feroz la ira;
 Abre su incauto pecho la esperanza;
 Y en pérfido silencio
 Se esconde más tremenda la venganza.

.....
 Terrible en su furor, pronta, vehemente,
 Tierna en su angustia y mísero quebranto,
 La sensible Melpómene no aspira

Al vano son y artificioso canto :
 Brama , amenaza , quéjase , suspira ,
 Interrumpe su voz con débil llanto ;
 Y hasta su mismo acento
 Nos pinta su furor ó desaliento.

No así su dulce Hermana ,
 Que alegre siempre y viva ,
 Su fiel espejo ofrece á nuestros ojos
 Y con donosas burlas nos cautiva.
 Otro cuadro , otra acción , otros actores
 Ocupen ya la escena : al fiero Atreo ,
 Al triste Idomeneo ,
 Sucedan el Hipócrita , el Avaro ;
 El ridículo vicio al negro crimen ;
 Y al lúgubre terror y sentimiento
 La burlona sonrisa y el contento.

.....
 Con noble majestad la *Épica Musa*
 Canta una acción heroica , extraordinaria ,
 Simple en el plan , en los adornos varia :
 Así Homero divino
 A la atónita Grecia narró un dia
 De la gran Troya el mísero destino ;
 De cien pueblos y reyes belicosos
 En sus cantos fundó la eterna gloria ;
 Y del mayor imperio que vió el Asia
 Sólo dura en sus versos la memoria.

.....
 (*Martínez de la Rosa.*)

2. Epístola moral.

Fabio , las esperanzas cortesanas
 Prisiones son do el ambicioso muere

Y donde al más astuto nacen canas ;
 Y el que no las limare ó las rompiere ,
 Ni el nombre de varón ha merecido ,
 Ni subir al honor que pretendiere.

.....
 Más precia el ruiseñor su pobre nido
 De pluma y leves pajas , más sus quejas
 En el bosque repuesto y escondido ,
 Que agradar lisonjero las orejas
 De algún príncipe insine , aprisionado
 En el metal de las doradas rejas.

.....
 ¿Qué es nuestra vida más que un breve día
 Do apenas sale el sol cuando se pierde
 En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué es más que el heno , á la mañana verde,
 Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
 Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
 De la vida viviendo , y que está unida
 La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios en veloz corrida
 Se llevan á la mar , tal soy llevado
 Al último suspiro de mi vida.

.....
 Pasáronse las flores del verano ,
 El otoño pasó con sus racimos ,
 Pasó el invierno con sus nieves cano.

Las hojas que en las altas selvas vimos ,
 Cayeron , y nosotros á porfía
 En nuestro engaño inmóviles vivimos.

Temamos al Señor que nos envía
 Las espigas del año y la hartura ,
 Y la temprana pluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
 A las aguas del cielo y al arado ,

Ni á la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélagó salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada,
Y en más nobles objetos se termina.

.....
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío;
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de ese brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos;
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

(Rioja.)

3. El filósofo en el campo.

Epístola.

Bajo una erguida populosa encina
 Cuya ancha copa en torno me defiende
 De la ardiente canícula, que ahora
 Con rayo abrasador angustia el mundo,
 Tu oscuro amigo, Fabio, te saluda.
 Mientras tú en el guardado gabinete
 A par del feble, ocioso cortesano
 Sobre el muelle sofá tendido yaces,
 Y hasta para alentar vigor os falta;
 Yo en estos campos por el sol tostado
 Lo afronto sin temor, sudo y anhelo;
 Y el soplo mismo que me abrasa ardiente,
 En plácido frescor mis miembros baña.
 Miro y contemplo los trabajos duros
 Del triste labrador, su suerte esquiva,
 Su miseria, sus lástimas; y aprendo
 Entre los infelices á ser hombre,

¡Ay Fabio, Fabio! en las doradas salas,
 Entre el brocado y colgaduras ricas,
 El pié hollando en tallados pavimentos,
 ¡Qué mal al pobre el cortesano juzga!
 ¡Qué mal en torno la opulenta mesa,
 Cubierta de mortíferos manjares,

.....
 Del infeliz se escuchan los clamores!
 El carece de pan: cércale hambriento
 El largo enjambre de sus tristes hijos,
 Escuálidos, sumidos en miseria;
 Y acaso acaba su doliente esposa
 De dar ¡ay! á la pátria otro infelice,

Víctima ya de entonces destinada
 A la indigencia y del oprobio siervo;
 Y allá en la córte en lujo escandaloso
 Nadando en tanto el sibarita rie
 Entre perfumes y festivos brindis,
 Y con su risa á su desdicha insulta.

.....
esos teatros
 De lujo y de maldades docta escuela,
 Do un ocioso indolente á llorar corre
 Con Andrómaca ó Zaida, mientras sordo
 Al anciano infeliz vuelve la espalda
 Que á sus umbrales su dureza implora;

.....
 Hombres ¡ay! hombres, Fabio amigo, somos,
 Vil polvo, sombra, nada; y engreidos
 Cual el pavón en su soberbia rueda,
 Deidades soberanas nos creemos.

.....
 No, Fabio amado, no; por estos campos
 La córte olvida: ven y aprende en ellos,
 Aprende la virtud. Aquí en su augusta,
 Amable sencillez, entre las pajas,
 Entre el pellico y el honroso arado
 Se ha escogido un asilo, compañera
 De la sublime soledad: la córte
 Las puertas le cerró; cuando entre muros
 Y fuertes torreones y hondas fosas,
 De los fáciles bienes ya cansados
 Que en mano liberal su autor les diera,
 Los hombres se encerraron imprudentes,
 La primitiva candidez perdiendo,
 En su abandono triste, religiosas
 En sus chozas pajizas la abrigaron
 Las humildes aldeas, y de entonces
 Con simples cultos fieles la idolatran.

.....

En el vecino prado brincan , corren ,
 Juegan y gritan un tropel de niños
 Al raso cielo ; en su agradable trisca
 A una pintados en los rostros bellos
 El gozo y las pasiones inocentes ,
 Y la salud en sus mejillas rubias ;
 Lejos del segador el canto suena ,
 Entre el blando balido del rebaño
 Que el pastor guía á la apacible sombra ;
 Y el sol sublime en el zenit señala
 El tiempo del reposo : á casa vuelve
 Bañado en sudor útil el marido
 De la era polvorosa ; la familia
 Se sienta en torno de la humilde mesa :
 ¡Oh , si tan pobre no la hiciese el yugo
 De un mayordomo bárbaro , insensible !
 Mas expiada de su mano avara ,
 De Tántalo el suplicio verdadero
 Aquí , Fabio , verías : los montones
 De miés dorada enfrente está mirando ,
 Premio que el cielo á su afanar dispensa ,
 Y hasta de pan los miserós carecen .
 Pero ¡oh buen Dios ! del rico con oprobio ,
 Su corazón en reverentes himnos
 Gracias te da por tan escasos dones ,
 Y en tu entrañable amor constante fia .

Y mientras charlan corrompidos sábios
 De ti , Señor , para ultrajarte , ó necios
 Tu inescrutable ser definir osan
 En aulas vocingleras , él contempla
 La hoguera inmensa de ese sol , tu imágen .
 Del vago cielo en la extension se pierde ,
 Siente el aura bullir , que de sus miembros
 El fuego templea y el sudor copioso ;
 Goza del agua el refrigerio grato ;

Del árbol que plantó la sombra amiga ;
 Ve de sus padres las nevadas canas ,
 Su casta esposa , sus queridos hijos :
 Y en todo , en todo con silencio humilde
 Te conoce , te adora religioso.

.....
 Huye, Fabio , esa peste. ¿ En tus oídos
 De la indigencia mísera no suena
 El espirar profundo , que hasta el trono
 Sube del sumo Dios? ¿ su justo azote
 Amenazar no ves? ¿ no ves la trampa ,
 El fraude , la bajeza , la insaciable
 Disipación , el deshonor lanzarlos
 En el abismo del oprobio , donde
 Mendigarán sus nietos infelices
 Con los mismos que hoy huellan confundidos?
 (Melendez.)

4. Epístola al conde de Olivares en su valimiento

No he de callar , por más que con el dedo
 Ya tocando la boca , ó ya la frente,
 Silencio avises , ó amences miedo.

¿ No ha de haber un espíritu valiente?
 ¿ Siempre se ha de sentir lo que se dice?
 ¿ Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy sin miedo que libre escandalice,
 Puede hablar el ingenio , asegurado
 De que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
 Severo estudio y la verdad desnuda ,
 Y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda

Que es lengua la verdad del Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.

Si Dios á la verdad se adelantara,
Siendo verdad implicación hubiera
En ser, y en que verdad de ser dejara.

La justicia de Dios es verdadera
Y la misericordia y todo cuanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.

Señor excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas,
Inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas;
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica menos, más temida,
En vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener más larga vida.

Y pródiga del alma nación fuerte
Contaba por afrenta de los años
Envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ócio torpe, y los engaños
Del paso de las horas y del día,
Reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
Sino de qué manera, ni aún un hora
Lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo;
Edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo

Al corazón que, en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De solo honesta obligación armado.

Y debajo del cielo aquella gente,
Si no á más descansado, á más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galán que peligroso.

.....
Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza;
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredad, sino matanza.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso;
Y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español velloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandés hereje y alevoso.

Pudo acusar los celos desiguales
A la Italia: pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita;
Y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.

.....
 ¡Con cuánta majestad llena la mano
 La pica, y el mosquete carga el hombro
 Del que se atreve á ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
 Al que de su persona sin decoro
 Más quiere nota dar que dar asombro.

Gineta y cañas son contagio moro;
 Restitúyanse justas y torneos,
 Y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos á trofeos,
 Que solo grande rey y buen privado
 Pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que haceis repetir siglos pasados,
 Con desembarazarnos las personas,
 Y sacar los miembros de cuidado:

Vos dísteis libertad con las valonas,
 Para que sean corteses las cabezas,
 Desnudando el enfado á las coronas:

Y pues vos enmendásteis las cortezas,
 Dad á la mejor parte medicina:

Vuélvanse los tablados fortalezas,
 Que la cortés estrella que os inclina
 A privar sin intento y sin venganza,

Milagro que á la envidia desatina,
 Tiene por sola bienaventuranza

El reconocimiento temeroso,
 No presumida y ciega confianza.

Y si os dió el ascendiente generoso
 Escudos de armas y blasones llenos,
 Y por timbre el martirio glorioso,

Mejores sean por vos los que eran buenos
 Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
 Os muestre á su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa:
 Y cuando nuestras fuerzas examina

Persecución unida y belicosa,
 La militar valiente disciplina
 Tenga más platicantes que la plaza;
 Descansen tela falsa y tela fina;
 Suceda á la marlota la coraza,
 Y si el Corpus con danzas no los pide,
 Velillos y oropel no hagan baza:

El que en treinta lacayos los divide,
 Hace suerte en el toro, y con un dedo
 La hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así que aseguraros puedo
 Que habéis de restaurar más que Pelayo;
 Pues valdrá por ejércitos el miedo.
 Y os verá el cielo administrar su rayo.

(Queredo.)

5. Sátira contra los vicios de la córte.

Dicesme, Nuño, que en la córte quieres
 Introducir tus hijos, persuadido
 A que así te lo manda el ser quien eres:
 Que ya la obligación con que han nacido,
 Concede á su primera edad licencia
 Para que intenten á volar del nido.

.....
 Supuesto, dices, que han de hacer mudanza
 ¿Adónde ocurrirán como á la córte,
 Única perfeccion de su crianza?

Si estás resuelto de seguir su norte,
 Precediendo consulta, no me atrevo
 A estorbarlo por mucho que te importe.

Mas si en virtud de otro consejo nuevo
 Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
 Mira cuán sin efugios te lo pruebo.

.....
 Como aquí de provincias tan distantes
 Concurren ó por grado ó por justicia
 Diversas lenguas, trajes y semblantes;
 Necesidad, favor, celo, codicia,
 Forman tumulto, confusión y priesa,
 Tal que dirás que el cielo se desquicia.

Tropel de litigantes atraviesa
 Con varias quejas, varios ademanes,
 Sus causas publicando en voz expresa.

Entre mil estropeados capitanes,
 Que ruegan y amenazan todo junto,
 Cuando nos encarecen sus afanes,

Los vivanderos gritan, y en un punto
 Cruzan entre los coches los entierros,
 Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.

Las voces, los ladridos de los perros,
 Cuando acosan la fiera, aquí resuenan,
 Y aquí forjan los ciclopes sus hierros.

Todos esperan y discordes penan
 Según la disonancia de los fines,
 Y prosiguen lo mismo que condenan,

Mas dirás que no todos son rüines,
 Que entre los vicios las virtudes nacen,
 Como entre yedras, rosas y jazmines.

¿Pues esto no está claro? que aunque yacen
 Sordas, tal vez avivan las acciones,
 Y á su nobleza misma satisfacen.

Mas bástame mostrar las ocasiones
 Y peligros, que vencen las más veces,
 Y el grande riesgo á que tus hijos pones.

(Bartolomé de Argenzola.)

6. SATIRA

Contra la mala educacion de la nobleza.

¡Será más digno, Arnesto, de tu gracia
 Un alfeñique perfumado y lindo,
 De noble traje y ruines pensamientos?
 Admiran su solar el alto Auseva,
 Linia, Pamplona ó la feliz Cantábria.
 Mas se educó en Sorez: Paris y Roma
 Nueva fe le infundieron, vicios nuevos
 Le inocularon. Cátales perdido.
 No es ya el mismo: ¡oh cuál otro el Bidasoa
 Volvió á pasar! ¡Cuál habla por los codos!
 ¿Quién calará su atroz *galimatias*?

.....
 Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
 Desde una milla... ¡Oh! cómo el sol chispea
 En el charol del coche ultramarino!
 ¡Cuál brillan los tirantes carmesíes
 Sobre la negra crin de los frisones!
 Visita; come en noble compañía;
 Al Prado, á la luneta á la tertulia,
 ¡Qué linda vida!
 ¡Digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
 Jugó, perdió salud y bienes,
 Y sin tocar á los cuarenta abriles
 La mano del placer le hundió en la huesa.
 ¡Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,
 La vejez se anticipa, le sorprende;
 Y en cínica é infame soltería,
 Solo, aburrído y lleno de amarguras,
 La muerte invoca, sorda á su plegaria.

. Apenas de hombres
 La forma existe... ¿dónde está el forzudo
 Brazo de Villadrando? ¿Dó de Argüello
 O de Paredes los robustos hombros?
 ¿El pesado morrion, la penachuda
 Y alta cimera acaso se forjaron
 Para cráneos raquíuticos? ¿Quién puede
 Sobre la cuera y la enmallada cota
 Vestir ya el duro y centellante peto?
 ¿Quién enristrar la poderosa lanza?
 ¿Quién?... ¡Vuelve, oh fiero berberisco! vuelve,
 Y otra vez corre desde Calpe al Deva,
 Que ya Pelayos no hallarás, ni Alfonsos
 Que te resistan: débiles pigmeos
 Te esperan; de tu corva cimitarra
 Al solo amago caerán rendidos.

¡Y es esto un noble, Arnesto! ¡Aquí se cifran
 Sus timbres y blasones!... ¿De qué sirve
 La clase ilustre, una alta descendencia
 Sin la virtud? Los nombres venerados
 De Laras, Tellos, Haros y Girones,
 ¿Qué se hicieron? ¿Qué genio ha deslucido
 La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
 A quienes fia su defensa el trono?
 ¿Es esta la nobleza de Castilla?
 ¿Es este el brazo un día tan temido,
 En quien libraba el castellano pueblo
 Su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡oh siglo!...
 (Jovellanos.)

III.

1. La mariposa.

¿De dónde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva,
Los valles alegrando,
Veloz mariposilla?

¿Por qué en sus lindas flores
No paras, y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas aspiras?

Mírote yo ¡mi pecho
Sabe con cuánta envidia!
De una en otra saltando
Más presta que la vista.

Mírote que en mil vuelos
Las rondas y acaricias:
Llegas, las tocas, pasas,
Huyes, vuelves, las libas.

De tus alas entonces
La delicada y rica
Librea se despliega,
Y al sol opuesto brilla.

Tus plumas se dilatan;
Tu cuello ufano se hincha;

Tus cuernos y penacho
Se tienden y se rizan.

¡Qué visos y colores!
¡Qué púrpura tan fina!
¡Qué nácar, azul y oro
Te adornan y matizan!

El sol cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo se complace,
Y alegre en ti se mira.

Los céfiros te halagan:
Las rosas á porfía
Sus tiernas hojas abren,
Y amantes te convidan.

Tú empero bulliciosa,
Tan libre como esquiva,
Sus ámbares desdeñas
Su seno desestimas.

Con todas te complaces,
Y suelta y atrevida,
Feliz de todas gozas,
Ninguna te cautiva.

Ya un lirio hermoso besas,
Ya inquieta solicitas
La coronilla, huyendo
Tras un jazmín perdida.

El fresco alelí meces:
A la azucena quitas
El oro puro; y saltas
Sobre una clavellina.

Vas luego al arroyuelo;
Y en sus plácidas linfas,
Posada sobre un ramo
Te complaces y admiras.

Mas el viento te burla
Y el ramillo retira;

O salpica tus alas,
Si hácia el agua lo inclina.

Así huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles
Que abril de flores pinta.

Ahora el vuelo abates,
Ahora en torno giras,
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.

¡Felice mariposa!
Tú bebes de la risa
Del alba y cada instante
Placeres mil varias.

Tú adornas el verano,
Tú á la vega florida
Llevas con tu inconstancia
El gozo y las delicias...

(Melendez.)

2. Canción.

¡Oh libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra.
Más rica y más gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sud entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo:
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas,

En ti solo se anida
 Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

.....
 Cuando la aurora baña
 Con helado rocío
 De aljófara celestial el monte y prado,
 Salgo de mi cabaña
 Riberas de este río
 A dar el nuevo pasto á mi ganado:
 Y cuando el sol dorado
 Muestra sus fuerzas graves,
 Al suelo el pecho inclino
 Debajo un sauce ó pino,
 Oyendo el son de las parleras aves,
 O ya gozando el aura
 Donde el perdido aliento se restaura.

 Cuando la noche oscura
 Con su estrellado manto
 El claro día en su tiniebla encierra,
 Y suena en la espesura
 El tenebroso canto
 De los nocturnos hijos de la tierra,
 Al pié de aquesta sierra
 Con rústicas palabras
 Mi ganadillo cuento;
 Y el corazón contento
 Del gobierno de ovejas y de cabras,
 La temerosa cuenta
 Del cuidadoso rey me representa.

 Aquí la verde pera
 Con la manzana hermosa
 De gualda y roja sangre matizada,
 Y de color de cera
 La cermeña olorosa
 Tengo, y la endrina de color morada.
 Aquí de la enramada

Parra que el olmo enlaza
 Melosas uvas cojo,
 Y en cantidad recojo,
 Al tiempo que las ramas desenlaza
 El caluroso estío,
 Membrillos que coronan este río.
 No me da descontento
 El hábito costoso

.....
 Es mi dulce sustento
 Del campo generoso
 Estas silvestres frutas que derrama:
 Mi regalada cama
 De blandas pieles y hojas,
 Que algún rey la envidiara,
 Y de ti, fuente clara
 Que bullendo el arena y agua arrojas
 Estos cristales puros,
 ¡Sustentos pobres, pero bien seguros!

Estése el cortesano
 Procurando á su gusto
 La blanda cama y el mejor sustento;
 Bese la ingrata mano
 Del poderoso injusto,
 Formando torres de esperanza al viento:
 Viva y muera sediento
 Por el honroso oficio,
 Y goce yo del suelo
 Al aire, al sol, al hielo
 Ocupado en mi rústico ejercicio,
 Que más vale pobreza
 En paz, que en guerra mísera riqueza.
 Ni temo al poderoso
 Ni al rico lisonjero,
 Ni soy camaleón del que gobierna,
 Ni me tiene envidioso

La ambición y deseo
 De ajena gloria, ni de fama eterna:
 Carne sabrosa y tierna,
 Vino aromatizado,
 Pan blanco de aquel día,
 En prado, en fuente fría,
 Halla un pastor con hambre fatigado:
 Que el grande y el pequeño
 Somos iguales lo que dura el sueño.

(*Lope de Vega.*)

3. A la flor de Gnido.

Si de mi baja lira
 Tanto pudiere el son que en un momento
 Aplacase la ira
 Del animoso viento,
 Y la furia del mar y el movimiento,
 Y en ásperas montañas
 Con el suave canto enterneciese
 Las fieras alimañas,
 Los árboles moviese,
 Y al son confusamente los trajese;
 No pienses que cantado
 Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
 El fiero Marte airado
 A muerte convertido,
 De polvo y sangre y de sudor teñido:
 Ni aquellos capitanes
 En la sublime rueda colocados,
 Por quien los alemanes
 El fiero cuello atados,
 Y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
 Fuerza de tu beldad sería cantada,
 Y alguna vez con ella
 Tambien seria notada
 La aspereza de que estás armada.....
 (*Garcilaso de la Vega.*)

4. Oda moral.

¡Qué descansada vida
 La del que huye el mundanal ruido,
 Y sigue la escondida
 Senda por donde han ido
 Los pocos sábios que en el mundo han sido!
 Que no le enturbia el pecho
 De los soberbios grandes el estado,
 Ni del dorado techo
 Se admira, fabricado
 Del sábio moro, en jaspes sustentado.
 No cura si la fama
 Canta con voz su nombre pregonera:
 Ni cura si encarama
 La lengua lisonjera
 Lo que condena la verdad sincera.
 ¿Qué presta á mi contento
 Si soy del vano dedo señalado,
 Si en busca de este viento
 Ando desalentado
 Con ansias vivas, con mortal cuidado?
 ¡Oh monte! ¡oh fuente! ¡oh rio!
 ¡Oh secreto seguro deleitoso!
 Roto cási el navío,

A vuestro almo reposo,
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de zelo,
De ódio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.

Y, como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;
Y luégo sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido:
Los árboles menean
Con un manso ruido,

Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
 Los que de un falso leño se confían:
 No es mio ver el lloro
 De los que desconfían
 Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
 Cruje, y en ciega noche el claro día
 Se torna: al cielo suena
 Confusa vocería,
 Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla
 Mesa, de amable paz bien abastada,
 Me basta, y la vajilla
 De fino oro labrada
 Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
 mente se están los otros abrasando
 Con sed insaciable
 Del peligroso mando,
 Tendido yo á la sombra esté cantando:

A la sombra tendido,
 De yedra y lauro eterno coronado,
 Puesto el atento oído
 Al son dulce acordado
 Del plectro sábiamente manejado.

(Fr. Luis de Leon.)

5. A las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fueron un tiempo Itálica famosa:

Aquí de Cipión la vencedora
 Colonia fué: por tierra derribado
 Yace el temido honor de la espantosa
 Muralla, y lastimosa
 Reliquia es solamente;
 De su invencible gente
 Sólo quedan memorias funerales
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
 Este llano fué plaza, allí fué templo;
 De todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas regaladas
 Leves vuelan cenizas desdichadas;
 Las torres que desprecio al aire fueron
 A su gran pesadumbre se rindieron.

.....
 Fabio, si tú no lloras, pon atenta
 La vista en luengas calles destruidas,
 Mira mármoles y arcos destrozados,
 Mira estátuas soberbias, que violenta
 Némesis derribó, yacer tendidas,
 Y ya en alto silencio sepultados
 Sus dueños celebrados.
 Así á Troya figuro,
 Así á su antiguo muro,
 Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,
 ¡Oh patria de los Dioses y los reyes!
 Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
 Fábrica de Minerva, sábia Atenas;
 Emulación ayer de las edades,
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
 Que no os respetó el hado, no la muerte,
 ¡Ay! ni por sábia á ti, ni á ti por fuerte.
 ¿Mas para qué la mente se derrama
 En buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta ejemplo menor, basta el presente;
 Que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,

Aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
 Tal genio, ó religión fuerza la mente
 De la vecina gente,
 Que refiere admirada
 Que en la noche callada
 Una voz triste se oye que llorando,
Cayó Itálica dice, y lastimosa
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oído
 De *Itálica*, renuevan el gemido
 Mil sombras nobles de su gran ruina;
 Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.....
 (*Rioja.*)

6. A D. Juan de Austria, vencedor de la batalla
 naval de Lepanto.

Vése el pérfido bando
 En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
 Que sube amenazando
 La soberana lumbré,
 Fiado en su animosa muchedumbre.
 Y allí, de miedo ajeno,
 Corre cual suelta cabra, y se abalanza
 Con el fogoso trueno
 De su cubierta estancia,
 Y sigue de sus odios la venganza.
 Mas después que aparece
 El joven de Austria en la enriscada sierra,
 Frio miedo entorpece
 Al rebelde, y aterra
 Con espanto y con muerte la ímpia guerra.

Cual tempestad ondosa
 Con horrisono estruendo se levanta,
 Y la nave medrosa
 De rabia y furia tanta
 Entre peñascos ásperos quebranta;
 O cual de cerco estrecho
 El flamígero rayo se desata
 Con luengo surco hecho,
 Y rompe y desbarata
 Cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá.

La fama alzará luego
 Y con las alas de oro la victoria
 Sobre el giro del fuego,
 Resonando su gloria,
 Con puro lampo de inmortal memoria.

Y extenderá su nombre
 Por do céfiro espira en blando vuelo,
 Con ínclito renombre
 Al remoto indio suelo,
 Y á do esparce el rigor helado el cielo.....
(Fernando de Herrera.)

7. A la batalla de Lepanto.

Cantemos al Señor, que en la llanura
 Venció del ancho mar al Trace fiero;
 Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
 Salud y gloria nuestra,
 Tú rompiste las fuerzas y la dura
 Frente de Faraón, feroz guerrero:
 Sus escogidos principes cubrieron
 Los abismos del mar, y descendieron

Cual piedra en el profundo, y tu ira luégo
 Los tragó como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
 En el grave aparato de sus naves,
 Que de los nuestros la cerviz cautiva,
 Y las manos aviva

Al ministerio injusto de su estado,
 Derribó con los brazos suyos graves
 Los cedros más excelsos de la cima;
 Y el árbol, que más yerto se sublima,
 Bebiendo ajenas aguas, y atrevido
 Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos
 Del ímpio furor suyo; alzó la frente
 Contra ti, señor Dios, y con semblante
 Y con pecho arrogante,
 Y los armados brazos extendidos
 Movié el airado cuello aquel potente:
 Cercó su corazon de ardiente saña
 Contra las dos Hesperias que el mar baña;
 Porque en ti confiadas le resisten
 Y de armas de tu fe y amor se visten.

(*Fernando de Herrera.*)

8. Canción guerrera.

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
 De la patria la voz escuchad;
 Y rompiendo las viles cadenas,
 Del combate las armas forjad

CORO.

De acero el pecho fuerte
 De acero el brazo armado

Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¿No miráis á esos fieros tiranos
 Al nacer vuestros hijos sellar;
 Aherrojar vuestros padres y hermanos,
 Vuestro lecho y amor profanar?

CORO.

De acero el pecho fuerte
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

Vuestro campo á otro dueño da fruto,
 A otro dueño labráis vuestro hogar;
 Y pagáis vergonzoso tributo
 Porque el aire podáis respirar.

CORO.

De acero el pecho fuerte
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

El infiel prorumpió en su venganza:
 «De mis siervos el Dios ¿dónde está?...!»
 Con blandir en el aire mi lanza
 Al amago en el polvo cae á.»

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

Sangre inunda las aras divinas,
 Sangre miro los campos regar,
 Sangre empapan las tumbas y ruinas,
 Sangre corre en la tierra y el mar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¿Qué tardáis?..... Al combate, á la gloria!
 No hay ya miedo; ó morir ó triunfar:
 Si os negare el laurel la victoria,
 Del martirio la palma alcanzad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte.
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¡O portentó! en los cielos ya brilla
 Del Señor la gloriosa señal;
 Del infiel se tronchó la cuchilla,
 Y ceñís la corona inmortal.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!

O muerte ó libertad,
 O libertad!

(*Martinez de la Rosa.*)

9. A la Ascensión.

¿Y dejas, Pastor santo,
 Tu grey en este valle hondo, oscuro,
 Con soledad y llanto,
 Y tú rompiendo el puro
 Aire te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
 Y los agora tristes y afligidos,
 A tus pechos criados,
 De ti desposeidos

¿A dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
 Que vieron de tu rostro la hermosura,
 Que no les sea enojos?

Quién oyó tu dulzura,

¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

¿Aqueste mar turbado

Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
 Al viento fiero airado?

Estando tú cubierto,
 ¿Qué norte guiará la nave al puerto?
 ¡Ay! nube envidiosa
 Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
 ¿Do vuelas presurosa?
 ¡Cuán rica tú te alejas!
 ¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!
 (Fr. Luis de Leon.)

10. A la presencia de Dios.

Do quiera que los ojos
 Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
 Allí, gran Dios, presente
 Atónito mi espíritu te siente.
 Allí estás; y llenando
 La inmensa creación so el alto empíreo
 Velado en luz te asientas,
 Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
 La humilde yerbecilla
 Que huella; el monte que de eterna nieve
 Cubierto se levanta,
 Y esconde en el abismo su honda planta;
 El aura que en las hojas
 Con leve pluma susurrante juega;
 Y el sol que en la alta cima
 Del cielo ardiente el universo anima,
 Me claman que en la llama
 Brillas del sol; que sobre el raudo viento
 Con ala voladora,
 Cruzas del occidente hasta la aurora,
 Y que el monte encumbrado
 Te ofrece un trono en su elevada cima;

La yerbecilla crece
 Por tu soplo vivífico y florece.

Tu inmensidad lo llena
 Todo, Señor, y más; del invisible
 Insecto al elefante,
 Del átomo al cometa rutilante.

Tú á la tiniebla oscura
 Das su pardo capuz, y el sutil velo
 A la alegre mañana,
 Sus huellas matizando de oro y grana.

Y cuando primavera
 Desciende al ancho mundo, afable ries
 Entre sus gayas flores,
 Y te aspira en sus plácidos olores.

Y cuando el inflamado
 Sirio más arde en congojosos fuegos,
 Tú las llenas espigas
 Volando mueves, y su ardor mitigas.

Si entonce al bosque umbrío
 Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
 El frescor regalado,
 Blando alivio á mi espíritu cansado.

Un religioso miedo
 Mi pecho turba, y una voz me grita:
 En este misterioso
 Silencio mora, adórale humildoso.

Pero á par en las ondas
 Te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
 Y á su saña lo entregas,
 O si te place su furor sosiegas.

Por do quiera infinito
 Te encuentro y siento en el florido prado,
 Y en el luciente velo
 Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.

Que del átomo eres
 El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo

Que en el vil lodo mora,
 Y el ángel puro que tu lumbre adora.
 Igual sus himnos oyes,
 Y oyes mi humilde voz, de la cordera
 El plácido balido,
 Y el del leon el hórrido rugido.
 Y á todos dadivoso,
 Acorres, Dios inmenso, en todas partes,
 Y por siempre presente,
 ¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
 Oyele blando, y mira
 Mi deleznable ser; dignos mis pasos
 De tu presencia sean,
 Y do quier tu deidad mis ojos vean.
 Hinche el corazon mio
 De un ardor celestial, que á cuanto existe
 Como tú se derrame,
 Y, oh Dios de amor, en tu universo te ame.
 Todos tus hijos somos:
 El tártaro, el lapón, el indio rudo,
 El tostado africano
 Es un hombre, es tu imagen, y es mi hermano.
 (Melendez.)

II. Los padres del Limbo.

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
 Cesarán de Israel, llegando el día
 En que aparezca el vencedor, el santo,
 El que rompa la bárbara cadena
 Que en servidumbre impía
 Lleva tu pueblo? El hombre inobediente
 Perdió de Edén la habitacion serena:

Espada refulgente

Vibró en sus puertas serafín airado,
Y á la inocencia sucedió el pecado.

Mas no de tus piedades

Pudo la culpa humana

El raudal extinguir, que es infinito;

Y tú, Señor, el numen poderoso

Que goza en perdonar. Tu soberana

Diestra sepulta montes y ciudades

En abismo profundo

De universal diluvio proceloso,

Que de los hombres castigó el delito;

Pero diste á la tierra Adán segundo,

Grato admitiste su obediente zelo

Y sus ofrendas puras,

Y el iris de la paz brilló en el cielo.

Si en el Egipto ardiente

Padece servidumbre

La estirpe de Jacob, tú la aseguras

En la fuga que intenta portentosa.

Tú disipas la fiera muchedumbre

Que la persigue en vano,

Abre su centro el mar, y en espumosa

Tumba sepulta al pertinaz tirano;

Sus carros y caballos precipitas,

Das á tu pueblo sin lidiar, victoria,

Y al estruendo del tímpano sonante

Himnos te canta de alabanza y gloria.....

(*Leandro Fernandez Moratin.*)



IV.

EJERCICIOS EN EL GÉNERO ELEGÍACO.

1. De mi vida.

Elegía.

¿Dónde hallar podré paz? ¿El pecho mio
¿Cómo alivio tendrá? De mi deseo
¡Quién bastará á templar el desvarío?

Cuanto imagino, cuanto entiendo y veo
Todo enciende mi mal, todo alimenta
Mi furor en su ciego devaneo.

Se alza espléndido el sol y el mundo alienta,
De vida y acción lleno: á mi enojosa
Brilla su luz y mi dolor fomenta.

Corre el velo la noche pavorosa.
Bañando en alto sueño á los mortales,
Y en plácida quietud todo reposa.

Yo solo en vela en ansias infernales
Gimo, y el llanto mis mejillas ara,
Y al cielo envío mis eternos males.

¡Ay! la suerte enemiga; cuán avara
Desde la cuna se ostentó conmigo!
Jamás el bien busqué, que el mal no hallara.

En cuitada orfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
No hallé un halago, ó me abrazase amigo.

¿ Justicia pudo ser que así naciese
 Para ser infeliz? ¿ que de mi seno
 Nunca el gozo, Señor, ni un punto fuese?

¿ Nacen los hombres á penar? ¿ ajeno
 Es el bien de la tierra? ¿ ó me castigas
 A mí tan solo, Dios clemente y bueno?

Perdona mi impaciencia si me obligas
 A tan miserables quejas: ¿ por qué el crudo
 Dolor un breve punto no mitigas?

Por qué, por qué me hieres tan sañudo?
 ¿ Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
 El polvo; ay Padre! ¿ en qué ofenderte pudo?

Da paz á este mi pecho: de la oscura
 Tiniebla en que mis piés envueltos veo,
 Llévame por tu diestra á la luz pura.

El iluso y frenético deseo
 Rige, Señor, con valedora mano;
 Y haz la santa virtud mi eterno empleo.

Yo de mí nada puedo: que liviano
 Si asirlo quiero, escapa; si frenarle,
 De mi flaco poder se burla insano.

¿ Cuántas, oh cuántas veces arrancarle
 Del abismo do está! ¿ cuántas del puro
 Del casto bien propuse enamorarle!

¿ Oh si alcanzase en soledad seguro
 Vivir al menos! exclamé llorando:
 Mi estado fuera entonces menos duro.

Ferviente hasta el gran Ser la mente alzando,
 La quieta noche, el turbulento día
 Pasara yo sus obras contemplando.

Con el alba la célica armonía
 De las aves del sueño me llamara,
 Y á las tuyas mi lengua se uniría
 A adorar su bondad: cuando vibrara
 Más sus fuegos el sol, del bosque hojoso
 La sombra misteriosa me guardara.

Si su pendón la noche silencioso
Alzara y en su trono la alba luna
Bañara el mundo en esplendor gracioso;
Yo, sus pasos siguiendo de una en una
Recordara, seguro de más daños,
Las vueltas que en mí usara la fortuna.

Allí alegre riyera sus engaños,
Su falaz ofrecer el devaneo
De mis perdidos juveniles años.....

(Melendez.)

V.

EJERCICIOS EN EL GÉNERO ÉPICO.

1. Araucana.

Fragmentos.

1.

Son de gesto robusto, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos:
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni extranjera nación que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada:
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre y de cerviz erguida.....

¡Oh ciega gente del temor guiada!
 ¿A dó volvéis los generosos pechos,
 Que la fama en mil años alcanzada,
 Aquí perece y todos vuestros hechos?
 La fuerza pierden hoy, jamás violada,
 Vuestras leyes, los fueros y derechos;
 De señores, de libres, de temidos,
 Quedáis siervos sujetos y abatidos.

Mancháis la clara estirpe y descendencia,
 Y engerís en el tronco generoso
 Una incurable plaga, una dolencia,
 Un deshonor perpétuo, ignominioso.
 Mirad de los contrarios la impotencia,
 La falta del aliento y el fogoso
 Latir de los caballos, las ijadas
 Llenas de sangre y en sudor bañadas.

No os desnudéis del hábito y costumbre
 Que de nuestros abuelos mantenemos,
 Ni el araucano nombre de la cumbre
 A estado tan infame derribemos:
 Huid el grave hierro y servidumbre;
 Al duro hierro osado pecho demos:
 ¿Por qué mostráis espaldas esforzadas
 Que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
 Que el ciego y torpe miedo os va turbando.
 Dejad de vos al mundo eterna historia
 Vuestra sujeta patria libertando:
 Volved, no rehuséis tan gran victoria;
 Que os está el hado próspero llamando;
 A lo menos firmad el pié ligero
 A ver cómo en defensa vuestra muero.....

3.

Allí con libertad soplan los vientos
 De sus cavernas cóncavas saliendo,
 Y furiosos, indómitos, violentos,
 Todo aquel ancho mar van discurriendo
 Rompiendo la prision y mandamientos
 De Eolo su rey, el cual temiendo
 Que en el mundo no arruinen, los encierra
 Echándolos encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
 Viéndose en sus cavernas apremiados,
 Buscan con grande estruendo la salida
 Por los huecos y cóncavos cerrados:
 Y así la firme tierra removida
 Tiembla, y hay terremotos tan usados,
 Derribando en los pueblos y montañas
 Hombres, ganados, casas y cabañas.....

4.

Caupolicán, en medio de ellos puesto,
 A todos con los ojos rodeando,
 Que con silencio y ánimo dispuesto
 Estaban sus razones aguardando,
 Con sesgo pecho y con sereno gesto
 La voz en tono grave levantando,
 Rompió el mudo silencio y echó fuera
 El intento y furor de esta manera:

«Esforzados varones, ya es venido
 (Según vemos las muestras y señales)
 Aquel felice tiempo prometido
 En que habemos de hacernos inmortales;
 Que la fortuna próspera ha traído
 De las últimas partes orientales

Tantas gentes en una compañía
Para que las venzáis en solo un día.

Y á costa y precio de su sangre y vidas,
De todo eternicéis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas;
Que por remotos reinos extendidas
Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo de ellas
Cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco atrevimiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que dando cuerda á su esperanza
Les dé fuerza y consejo la tardanza.

Así en resolución me determino
(Si, señores, también os pareciere)
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere:
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere,
Que las rabiosas armas en las manos
Los han de dar por justos ó tiranos.....

(Ercilla.)

2. El Bernardo.

Fragmento.

Cual generoso león, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar y de hacer daño,
Las garras lame y el sangriento pecho,

Si un dragón ve venir de bulto extraño,
 La oveja que á matar iba derecho
 Deja, y en crespas crin, y aire brioso,
 Se arroja al enemigo poderoso:

Así el bravo español, viendo de lejos
 Lucir las armas del señor de Anglante,
 Tras sus nuevos vislumbres y reflejos
 Feroz sale á ponérsele delante,
 Herida el alma de los tristes dejos
 Del malogrado primo y tierno amante:
 Bien que el Marte francés al desafío
 No salió con menor aliento y brio.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
 Y en deseos de venganza, «¡Oh fiero hispano,
 Dijo, que el mundo á golpes has deshecho!
 ¿Quién te dará ya libre de mi mano?
 Bien que la recompensa al daño hecho
 Será buscarle igual cuidado vano;
 Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
 Si no el agravio, la honra reparada.»

Así dijo, y cual dos dragones fieros,
 Que en los marsilios campos con la ardiente
 Ponzoña que vomitan, los postreros
 Arboles arden, y su hervir se siente,
 Gimen las costas y escamados cueros,
 Tiembla del grave monte la eminente
 Altura, y ellos la abrasada arena
 De roscas tienen y de golpes llena:

Tales los dos furiosos combatientes
 En su horrible batalla andan cubiertos
 De espantosas heridas, y valientes
 Golpes, furias, coraje y desconciertos;
 Rotas las finas armas, los ardientes
 Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
 Sus penachos, escudos y testeras
 Ya hechos rajados cubren las laderas.

Dió Orlando al de León con Durindana
 A dos manos un golpe en el escudo,
 Que ni el temple acerado, ni la sana
 Pasta valerle en su defensa pudo,
 Que ya partido en dos hasta la grana
 De sus venas no entrase el filo agudo,
 Matizando el color la malla toda
 Del fino rosicler de sangre goda.

Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
 Y sin provecho el dilatar la muerte
 De un enemigo tal como le ha hecho
 El cielo en brazo poderoso y fuerte;
 Alta la espada, y levantado el pecho,
 Su agudo filo le envió de suerte
 Que le partiera en dos, si la visera
 En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
 Lengua el eco sonó por las cavernas,
 Y al darle la encantada Belisarda
 Su fuerza y sus virtudes mostró internas;
 Que si las firmes armas su bastarda
 Cuchilla no halló del todo tiernas,
 Tampoco en la dureza que primero
 Mostraba al mundo su invencible acero.

Antes, llevando á cerca la alta cresta
 Del encantado yelmo sin segundo,
 Bajando al hombro la cruel respuesta,
 Vivo llegó su filo á lo profundo:
 Corrió la primer sangre á la floresta
 Que del fuerte Roldán conoció el mundo,
 Y él de ver su arnés roto, y él herido.
 Quedó, más que del golpe sin sentido.

La vista absortay el cabello yerto,
 La sangre le cuajó un sudor helado,
 Y el negro bulto de su primo muerto
 En triste sombra se le puso al lado:

Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo:
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano
Que sola rige el estrellado coro,
Con los membrudos cíclopes el vano
Aire retumba en eco más sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, los paveses
Por el campo sembrados; los caballos
De las vueltas, vaivenes y reveses
Ni ya pueden aquí ni allí llevarlos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos,
A abrazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar lo que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que más lastima.

Dió el francés á Bernardo una herida
Tan á sazón, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida;
Mas cuando ya volvía á secundalle,
Tan recio entró con él que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas.

Y antes que hallase tiempo conveniente
 De rehacer su furia, con dos manos
 Alta la espada sobre el yelmo ardiente
 Bajó gimiendo por los aires vanos:
 La celada rompió el golpe valiente,
 Sonó el eco en los valles comarcanos
 Y aunque no cayó el conde, del ruido
 Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar, y un bulto mudo
 Del muerto primo sombra temerosa,
 Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
 Volver cruel su alma de piadosa:
 «Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
 No te puedo dar más, oh alma dichosa;
 Muere ahora, cruel, muere, homicida,
 Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo, y alzando el brazo vengativo,
 A dar sobre él la fiera arma encantada;
 Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
 Su heróica frente y la enemiga espada;
 Cayó muerto Roldán, quedando vivo
 Su eterno nombre, su alma arrebatada
 Feroz voló á la esfera, y su gallardo
 Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo.
(Bernardo de Balbuena).

3. La Cristiada.

Fragmento.

Con prestas alas, que al ligero viento.
 Al fuego volador, al rayo agudo,
 A la voz clara, al vivo pensamientó
 Deja atrás, va rasgando el aire nudo:

Llega al sutil y espléndido elemento
 Que al cielo sirve de fogoso escudo,
 Y como en otro ardor más abrasada
 Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con feliz denuedo
 Al cuerpo de los orbes rutilante,
 Que ni le pone su grandeza miedo,
 Ni le muda el bellissimo semblante:
 Que ya más de una vez con rostro ledó
 Con frente osada y ánimo constante,
 Despreciando la más excelsa nube,
 Al tribunal subió que ahora sube.

Estaban los magníficos porteros
 De la casa á la gloria consagrada,
 Que con intelectivos piés ligeros
 Voltean la gran máquina estrellada;
 Estaban como espíritus guerreros
 Para guardar la celestial entrada
 Puestos á punto, y viendo que subía
 A su consorte cada cual decía:

«¿Quién es aquesta dama religiosa
 Que de Getsemaní volando viene?
 Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
 Mas el rostro en sudor bañado tiene.
 Que beldad tan suave y amorosa
 Con tan grave pasión se aflija y pene.
 Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
 En igual grado bella y dolorida?»

Es de oro su cabello refulgente,
 Su rubia crin los rayos de la aurora,
 De lavado cristal su limpia frente,
 Su vista sol que alumbra y enamora,
 Sus mejillas Abril resplandeciente,
 En sus labios la misma gracia mora;
 Callando viene, pero su garganta
 Da muestras que suspende cuando canta.

En polvo, en sangre y en sudor teñida
 Aparece su grave vestidura:
 Como quien piés lavó, sube ceñida,
 Y humildad debe ser quien la asegura.
 Vedla, que en santo amor está encendida;
 Y así de amor el fuego la apresura:
 ¿Es por dicha oración de algún profeta?
 Si es oración, es oración perfeta.

Oración es que los atentos ojos
 Y las tendidas y arqueadas cejas,
 Y lo demás que lleva por despojos
 Son de esta gran virtud señales viejas.
 Sin duda puso en tierra los hinojos,
 Y á solo Dios pretende dar sus quejas:
 El barro de la ropa lo declara,
 Y la congoja de su pecho rara.

Cual humo de pebete es delicada
 De amarga mirra y de suave incienso,
 Y de la especería más preciada
 De que á Belén pagó la Arabia censo.
 Mirra fué de su sangre derramada
 La primer causa, y un dolor inmenso,
 Y de estos aromáticos dolores
 Ciencias, virtudes, gracias, resplandores.»

.....
 El sumo alcázar para Dios fundado
 Sobre este mundo temporal se encumbra:
 Su muro es de diamante jaspeado,
 Que sol parece y más que sol relumbra;
 Está de doce puertas rodeado,
 Que con luz nueva cada cual alumbrá:
 Y la más fuerte y despejada vista
 No es posible que á tanto ardor resista.

Las doce tribus de Jacob valientes
 Están en los umbrales sobreescritos,
 Y en las bases de mármoles lucientes

Doce maestros de cristianos ritos:
 La materia es de piedras excelentes,
 Y de oro coruscante los escritos:
 Ninguna puerta con rigor se cierra,
 Porque no hay noche, ni se teme guerra.

De este rico metal, cual vidrio puro,
 Es la hermosa plaza cristalina,
 Y el ancho suelo como el alto muro,
 De ardiente claridad y luz divina:
 Por ella un río de cristal, seguro
 De ofensa vil, con blando pié camina;
 En urna va de perlas murmurando,
 Y el margen de oro líquido esmaltando.

A la ribera de este ameno río
 Está luciendo el árbol de la vida,
 Con grave copa y descollado brío,
 Que con su olor á eterna edad convida,
 Fruta de que jamás inspira hastío,
 Que es fruta cada mes recién nacida:
 El es de oro y sus hojas de esmeraldas.
 Y hacen de ellas los ángeles guirnaldas,

Luégo sobre estas aguas caudalosas
 Están lindos y alegres corredores
 Y galerías de marfil preciosas
 Bañadas en suaves resplandores:
 Divisan desde allí todas las cosas
 Aquellos celestiales moradores,
 Y lastímales vernos fatigados
 En pequeños y míseros cuidados.

.....

(El P. Hojeda.)



4. Poema burlesco.

LA MOSQUEA.*Fragmentos.***1.**

Las provocadas furias del infierno
 Sembrando rabia y ponzoñosa espuma,
 El ódio libre y el rencor interno
 El sumo estrago y mortandad sin suma,
 Las agotadas aguas del Averno
 Por soldados alados y sin pluma,
 Los fieros encontrados reinos canto
 Que el imperio poblaron del espanto.

Mas no hay estrago ni furor sangriento
 Que al que prometo tenga semejante,
 Que es comparar el átomo del viento
 Al alto Olimpo y encumbrado Atlante:
 Entonces del sagrado firmamento
 La máquina de estrellas rutilante,
 Por no ver en la tierra tantos males,
 Escondieron sus luces celestiales.

Cuatro cometas sus disformes colas
 Por el aire mostraron encendidas,
 Que eran bastante para dar luz solas
 A las partes del mundo divididas:
 Quiso el viento esconderse entre las olas,
 Que fueron de su furia combatidas,
 Y el mar que brama y con furor se enoja
 Con ímpetu soberbio las arroja.

2.

Por entre espesas puntas de alabardas
 Entró una mosca como rayo fiero,
 Sin que pudiese alguna de las guardas
 Su paso detener con el acero:
 Mueve las alas con el ánsia tardas,
 Y mira entre uno y otro caballero,
 Y en conociendo al rey, el vuelo afloja
 Las alas junta y á sus piés se arroja.

«El rey que rige la canalla hormiga
 Con todo su poder y naturales
 Anda en tu daño haciendo bando y liga
 Con todos tus contrarios capitales:
 Este es el fiero azote que castiga
 El singular valor de tus leales:
 El enemigo por tus tierras baja;
 Guarda tus reinos y su orgullo ataja.»

Dijo: y al punto el varonil soldado
 Mostró la cara pálida y difunta,
 Y las alas del uno y otro lado
 Con el ánsia postrera ciñe y junta:
 Todos los miembros del varón alado
 Se tienden en presencia de la junta;
 Y estirando la una y otra zanca,
 El alma noble de su cuerpo arranca.

3.

No produce esta parte algún viviente
 Ni yerba verde su distrito seco,
 Que sólo vive allí la presa gente
 Y de las voces y el aullido el eco:
 Es de la fiera cárcel presidente,
 Que rige el antro tenebroso y hueco,

Eolo, que manda en el oscuro espacio,
Y tiene en él su cóncavo palacio.

Allí del Austro enfermo la figura
Pálida y amarilla se detiene,
Que cargado de peste y desventura
Sale á la tierra cuando á verla viene;
Cuando este sale de la gruta oscura
Y con veloces alas se previene,
Visita con el ímpetu primero
La habitacion horrenda de Cerbero.

Allí el Céfito manso, que restaura
El ánimo perdido al marinero,
Tiene presas las alas con que el aura
Esparce por las ondas placentero;
Allí se oprime la violencia Caura;
Y tiene preso su volar ligero
Favonio, que con Céfito abrazado,
Ocupan solos de la cueva un lado.

4.

Ya acelerados los caballos pisan,
Y la vista del cielo el polvo niega,
Y ya en los altos y profundos centros
Retumban los intrépidos encuentros.

Resuena el grito en el altivo polo
Que tanta gente desde el suelo envía,
Túrbase entonces la región de Eolo
Con tan súbita y grande vocería;
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió la cara oscureciendo el día,
Y al son de las trompetas y tambores
La tierra se espantó con mil temblores.

Parten á darse los primeros botes
De las lanzas los fuertes caballeros,
Cercanos ya por los ligeros trotes

De sus bravos caballos y ligeros :
Llegan diciéndose injuriosos motes,
Y para herirse los caudillos fieros
En los estribos con furor se plantan,
Y airados en la silla se levantan.

Mézclanse con los unos los contrarios,
Y todos juntos con furor se pegan
Golpes tan sin piedad y temerarios,
Que los ecos sin duda al cielo llegan :
Los unos y otros con lamentos varios
De los adversos ímpetus reniegan,
Y al cielo vuela y desde el suelo sube
De las quebradas lanzas una nube.

(*Villaviciosa.*)

IV.

EJERCICIOS EN EL GENERO PASTORIL.

1. La Corderita.

Idilio.

Corderita mía,
Hoy llevarte quiero
A la amable Filis
En rendido feudo.
¡Oh, con cuánta envidia
Tu destino veo;
Y partir contigo
Tal dicha apetezco!
Tú vas, inocente,
A ser con tus juegos
De otra inocentilla
Feliz embeleso.
Seguirás sus pasos,
Ya con sus corderos
Al valle descienda,
Ya trepe al otero.
Tus blandos balidos
Serán dulces ecos,
Que al placer despierten
Su adormido pecho.

.....
Y á su lado siempre,

De tan alto dueño
 Gozarás los mimos,
 Oirás los requiebros.

O si acaso artera
 Tras algun romero
 Fugaz te guareces
 Porque te eche ménos,
 Corriendo y balando
 Al sonar su acento,
 Con nuevas caricias
 Calmarás su duelo.

.
 Tu balar suave,
 Tu bullir travieso,
 Sencillos publican
 Tu puro contento.

Y al verte galana,
 Con locos extremos
 Cual hembra procuras
 Lucir tus arreos.

Corderita, vamos:
 Sus, corramos prestos,
 Tú á servir á Filis,
 Yo á hacerle mi obsequio.

3. Egloga.

Batilo, Arcadio, Poeta.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
 La yerba aljofarada,
 Que el nuevo día con su lumbre dora,
 Mientras en blandas quejas,
 Le cantan la alborada
 Las dulcesavecillas á la Aurora:
 La cabra trepadora,
 Ya suelta, se encarama
 Por el monte enramado:
 Vosotras de este prado
 Paced la yerba y la menuda grama,
 Paced, ovejas mías,
 Pues de Abril tornan los alegres días.
 Mejórase la tierra
 De verdor coronada,
 Y aparecen de nuevo ya las flores:
 Desciende de la sierra
 La nieve desatada;
 Y ejercen sus contiendas los pastores.
 Todo el prado es amores
 Retoñan los tomillos,
 Las bien mullidas camas
 Componen en las ramas
 A sus hembras los dulces pajarillos.
 Y con susurro blando
 Va el arroyo las flores salpicando.

.....

ARCADIO.

Quién, viendo la alegría
 De este florido prado
 Y el brillo y resplandores del rocío,
 O la hambrienta porfia
 Con que paca el ganado,
 Y el soto lejos plácido y sombrío,
 Y el noble señorío
 Con que el claro sol nace
 O las ondas sin cuento
 Que hace en la yerba el viento,
 Y los hilos de luz que el aire hace,
 No sentirá movido
 El corazón y el ánimo embebido?
 No á mi gusto sea dado
 Riquezas enojosas,
 Ni el oro que cuidados da sin cuento.
 No el ir embarazado
 Entre galas pomposas,
 Ni corriendo vencer al raudo viento.
 Mas sí cantar contento
 Sentado á par mi Elisa,
 Viendo desde esta altura
 Del valle la verdura,
 Y de mi dulce bien la dulce risa,
 Y pacer mi ganado,
 Y al Tórmes deslizarse sosegado.
 Pero aquel que allí veo
 Que por el prado viene,
 ¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
 ¡Cuán bien á mi deseo
 La suerte lo previene!
 Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
 De tu rabel y canto
 Guarde del lobo odioso;
 Y sigue en tan sabroso
 Tono, que de los valles es encanto,
 Y el ganado alborozado,
 Y el choto juguetón por él retoza.

ARCADIO.

Tú más antes al viento
 Suelta esa voz suave,
 Que á todas las zagalas enamora,
 Tañendo el instrumento
 Que el desdén vencer sabe,
 Y ablandar como cera á tu pastora,
 Y la letra sonora
 Cántame que le hiciste
 Cuando te dió el cayado,
 Por el manso peinado
 Que con lazos y esquila le ofreciste,
 O bien la otra tonada
 De la vida del campo descansada.
 Premio será á tu canto
 Este rabel, que un día
 Me dió en prenda de amor el sabio Elpino
 Y en él con primor tanto
 Pintó la sombra umbría,
 Que muestra bien su ingenio peregrino;
 Del Tormes cristalino
 Formó en él la corriente,
 Que parece ir riendo,
 Y á lo largo paciendo
 Los manchados rebaños mansamente,
 Y la ciudad de lejos

Del sol como dorada á los reflejos.
 A un álamo arrimado
 Alegre un zagal canta
 Mientras su amada flores va cogiendo:
 Por el opuesto lado
 Un mastín se adelanta,
 Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
 Todo que lo está viendo
 Lejos un ciudadano,
 El semblante affigido,
 Y en cuidados sumido,
 Haciéndole á otro señas con la mano,
 Que al umbral de una choza
 Rie entre los pastores y se goza

BATILO.

Y yo de Delio hube
 Una flauta preciada,
 Labrada de su mano diestramente.
 Tan guardada la tuve
 Que jamás fué tocada;
 Pero mi amor en dártela consiente:
 Los valles y la fuente
 Puso en ella de Otea:
 Cual por Abril el llano
 Con rosas mil galano,
 Un muchacho en el cerro pastorea,
 Y el rabel otro toca,
 Y á contender cantando le provoca.
 De flores coronadas,
 Más bellas que las flores,
 Y el cabello en la espalda al viento dado,
 Van bailando enlazadas,
 Causando mil ardores
 Las zagalas en medio el verde prado.
 Un anciano está á un lado

Que la flauta les toca,
 Y algunas ciudadanas
 Mirándolas ufanas,
 Y como que la envidia las provoca
 Con regocijo tanto;
 Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
 Balido de la oveja,
 Y la teta al hambriento corderuelo:
 Dulce, si el caluroso
 Verano nos aqueja
 La fresca sombra y el florido suelo.
 El rocío del cielo
 Es grato al místico prado:
 Y á pastor peregrino
 Descanso en su camino:
 Dulce el ameno valle es al ganado:
 Y á mi dulce la vida.
 Del campo y grata la estación florida.
 Las inocentes horas
 De júbilo y paz llenas,
 ¿Dónde mejor se gozan que en el prado?
 ¿Quién mejor las auroras
 Ve amanecer serenas,
 Que el zagal al salir tras su ganado?
 ¡Venturoso cuidado!
 ¡Mil veces descansada
 Pajiza choza mia!
 Ni yo te dejaría
 Si toda una ciudad me fuera dada,
 Pues sólo en ti poseo
 Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.
 ¿Para qué el vano anhelo
 Ni los tristes cuidad

Que engendra la ciudad y sus temores?
 Mejor es ver el cielo
 Que no techos pintados:
 Mejor son que las galas nuestras flores;
 Los árboles mayores
 Nos dan fácil cabaña,
 Una rama sombrío,
 Otra reparo al frío;
 Y cuando silba el ábrego con saña
 En las noches de Enero,
 Lumbre para bailar un roble entero.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
 Me da, y natas y queso,
 Y su lana y corderos mi ganado;
 Mil colmenas labrada
 Miel de tierno cantueso,
 Y pomas olorosas el cercado.
 Gobierna mi cayado
 Dos hatos numerosos,
 Que llenan los oteros
 De cabras y corderos;
 Y deja á los zagales envidiosos
 Mi dulce cantilena,
 Que á las mismas serranas enajena.

.....

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
 Ver más que nuestros prados,
 Ni beban mis ganados de otro río.
 Aquí no lobo fiero
 Nos tiene alborotados,
 No nos daña el calor, ó hiela el frío.
 Niajeno poderío

Nuestro querer sujeta,
 Ni mayoral injusto
 Nos avasalla el gusto;
 Todos vivimos en unión perfecta:
 Y el sol y helado cierzo
 Nos da salud y varonil esfuerzo.

Como las ciudadanas,
 A engañar no se enseñan
 Nuestras bellas y cándidas pastoras,
 Ni en su beldad livianas
 Nuestro querer desdeñan,
 O mudan de amador á todas horas:
 Mejor que las sonoras
 Canciones de la villa
 Su voz suena á mi oído,
 Y que el ronco alarido
 De sus plazas la voz de mi novilla.
 Mas, canta tu tonada
 De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡Oh soledad sabrosa!
 ¡Oh valle! ¡oh bosque umbrío!
 ¡Oh selva entrelazada! ¡oh limpia fuente!
 ¡Oh vida venturosa!
 Sereno y claro río
 Que por los sauces corres mansamente:
 Aquí entre llana gente
 Todo es paz y dulzura,
 Y gloriosa armonía
 Del uno al otro día:
 La inocencia de engaño está segura;
 Y todos son iguales,
 Pastores, ganaderos y zagales.
 El cielo sosegado
 Y el canto repetido

De las pintadas aves por el viento,
 El balar del ganado,
 Y apacible sonido
 Que del céfiro forma el blando aliento:
 Tal vez el tierno acento
 De alguna zagaleja
 Que canta dulcemente,
 Y este oloroso ambiente
 En grata suspensión el alma deja,
 Y á sueño descansado
 Brinda la yerba del mullido prado.

Así Tirsi decía,
 Que la primera gente,
 Como agora vivimos los pastores,
 Por los campos vivía
 En la edad inocente,
 Antes que del verano los ardores
 Marchitaran las flores,
 Cuando la encina daba
 Mieles, y leche el río,
 Cuando del señorío
 Los términos la linde aún no cortaba,
 Ni se usaba el dinero,
 Ni se labraba en dardos el acero.

Aquí Delio y Elpino
 Moraron, y el famoso
 Que dijo de las magas el encanto
 Con su verso divino
 Junto al Bétis undoso,
 Y aquí Albano entonó su dulce canto.
 ¡Oh grata vida! ¡oh cuánto
 Me gozo en ti seguro!
 De flores coronado,
 Y al cielo el rostro alzado
 Este vaso de leche alegre apuro.
 Bebe, Arcadio: y gocemos

Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

.....

POETA.

Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus corderillos:
Y yo que logré oillos
Detrás de un haya umbrosa,
Con ellos comparado
De entonces la ciudad me fué enojosa,
Maldije de mi estado:
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

(Melendez.)

VII.

EJERCICIOS EN EL GÉNERO DRAMÁTICO.

1. COMEDIA.

El Viejo y la Niña.

ACTO PRIMERO.

ESCENA II.

Don Roque, doña Beatriz.

D.^a BEATR. Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.

D. ROQUE. ¿Se acabaron?

D.^a BEATR. Sí: como quedaron tantas!

D. ROQUE. Pues, señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya
Que esto va malo, Beatriz:
Jamás he visto en mi casa
Tal desorden. Ya se ve,
¡Si parece una posada!
Más he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,

Es menester que recojas
 Tus trásticos y te vayas;
 Déjame con mi mujer,
 Que no quiero tantas faldas
 Junto á mí. Cuando la boda,
 Viniste con tu criada
 A recibir á la novia,
 Asistirle, agasajarla.....
 En fin, á mangonear
 Únicamente: excusada
 Venida. Pero aun supuesto
 Que ella te necesitara
 En los primeros dos días;
 Las cuatro ó cinco semanas
 Que há que nos casamos, pienso
 Beatriz, que son muy sobradas,
 Y que ya te puedes ir.
 Tu marido, que Dios haya,
 Te dejó por heredera,
 Y entre créditos y alhajas
 Y hacienda, quedó bastante,
 Para que no le lloraras.
 A mí no me necesitas
 Para nada, para nada.
 Si fuera decir.....

D.^a BEATR.

Y dime,

Toda esa arenga en sustancia.
 ¿Es por que me vaya?

D. ROQUE

Sí.

D.^a BEATR.

¿Sí? pues no me da la gana.

D. ROQUE.

¿Y por qué?

D.^a BEATR.

Porque conozco,
 Mejor que tú, las marañas
 Que estás urdiendo. Tú quieres
 Echar á todos de casa:
 Lo primero porque sientes

Cada ochavo que se gasta
 A par del alma, y después,
 Para empezar con extrañas
 Ridiculeces á dar
 Que sentir á esa muchacha:
 Y no lo merece, á fe.
 Duélete de su desgracia,
 No la aumentes. Una niña
 Sin padres, abandonada
 A su tutor, á un bribón,
 Que en lugar de procurarla
 Un casamiento feliz,
 Con un cadáver la casa,
 Sólo porque viendo en ti
 El cariño que mostrabas
 A Isabel, ni le pediste
 Cuentas ni él pudiera darlas:
 Más estimación merece.
 Pero tú quieres negarla
 El alivio que halla en mí
 Como en su amiga y su hermana:
 Querrás en fin, que no sea
 Compañera, sino esclava.....
 Roque, ten juicio, por Dios.
 Pero quién te ha dicho nada
 De eso, mujer? ¿Quién la oprime,
 Quién la riñe, quién la casca?
 ¿No la mimo, no procuro?.....
 Sí, procuras apurarla
 El sufrimiento, y no sé
 De veras, cómo te aguanta.
 ¡Hola! ¿quieres que las cosas
 Que debe hacer, no las haga?
 ¿Quieres que vaya á buscar,
 Teniendo mujer en casa,
 Quien me ponga el peluquín

D. ROQUE.

D.^a BEATR.

D. ROQUE.

Y me limpie la casaca?
Quisieras.....

D.^a BEATR. No quiero tal.

D. ROQUE. Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Dijecito de las damas,
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas,
Entre duende y arlequin?

D.^a BEATR. ¿Quién te dice que tal hagas?

D. ROQUE. Vosotras: que todas sois
Ligeras y casquivanas.

D.^a BEATR. Anda, que eres fastidioso
Si los hay.

D. ROQUE. Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

D.^a BEATR. Sí. Porque todas tus maulas
Te las entiendo.

D. ROQUE. Beatriz.....

D.^a BEATR. ¡Eh! déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.

D. ROQUE. Al fin,
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay Señor!

(Abre con la llave la puerta de su despacho, y se va
por la del lado izquierdo.)

(Si no he de poder echarla) (Aparte.)

ESCENA V.

Don Juan, don Roque.

D. JUAN. Señor don Roque, supuesto
Que están verificadas
Nuestras cuentas, entraréis
Para firmar la cobranza.

Veréis los vales.

D. ROQUE.

¿Qué es todo

En papel?

D. JUAN.

Si no se halla

Dinero. Además que ¿cómo
Quereis que yo me arriesgara
A venir por un camino
Con él?

D. ROQUE.

(*Aparte.*) (Como tú te vayas
Todo va bueno.) Decia,
Que os daré sobre la marcha
El recibito, y quedáis
Solventado. ¡Buena paga
Era el tío! Le traté
Muchos años, y estimaba
A sus amigos; buen hombre,
Y alegre: siempre de chanza,
¡Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,
Limpio ya de poivo y paja,
Os ha venido á quedar?

D. JUAN.

Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.

D. ROQUE.

¿Sí? No es mal

Bocado. Amigo, hoy se gasta,
Mucho, y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habéis quedado bien.
Ahora tomaréis casa,
La pondréis á la moderna,
Buenos trastos, y mañana
Os casáis; y la mujer,
Que tampoco irá descalza.....
Viviréis como un señor.
¿Y cuándo, cuándo se trata
De buscar casa?

D. JUAN.

(*Aparte.*)

¿Qué tonto

Es el hombre!) No pensaba
 En eso: porque si acaso
 No se me proporcionara
 Lo que intento, en Cádiz nunca
 Faltan muy buenas posadas
 Para quien tiene dinero.
 (Allí viene.)

(Mirando á la puerta del lado izquierdo.)

(Aparte.) (No he de hablarla.)

D. ROQUE.

¿Con que, en fin, determináis?....

D. JUAN.

Si queréis dejar firmadas
 Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.

Don Roque, doña Isabel.

D. ROQUE.

Me dejó con la palabra
 En la boca. El hombre tiene
 Cosas bien estrafalarias.
 ¿Isabel?

D.^a ISABEL.

¡Señor!

D. ROQUE.

¿Con que
 Nos quiere dejar mi hermana?
 ¿Te lo ha dicho?

D.^a ISABEL.

No, señor.

D. ROQUE.

Pues sí: parece que trata
 De irse á su casa. Está ya
 La pobrecilla cascada:
 Y aunque es moza, los trabajos
 Y pesadumbres acaban
 Bastante. Tú, ¿qué me dices?
 ¿Sentirás que se nos vaya?

D.^a ISABEL.

Si, señor, decidla vos
 Que se quede.

D. ROQUE.

(Aparte.) ¿Sí? (Aquí hay maula.)
 Es verdad que como vive

Tan cerca, que sus ventanas
Dan enfrente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los días.

D.^a ISABEL.

Su genio

Es muy amable: me agrada
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.

D. ROQUE.

(Aparte.) ¿Sí? (Aquí hay maula.)

ESCENA VII.

Don Roque, doña Isabel, Muñoz.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero
De monsieur Guillermo.

D. ROQUE.

¿Cuántas

Veces ha venido ya?
No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya
Recibido.....

MUÑOZ.

Bien, y ¿qué?

Si no es esta la embajada
Que ha traído. (La paciencia
De un santo no me bastara.) (Aparte.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero,
Del importe de las granas
El inglés Anson, Manson.....
¿Qué sé yo cómo se llama!
El inglés.....

D. ROQUE.

Sí, ya lo sé.

¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece

Que al primer viento se marcha.

D. ROQUE.

¡Pues! y es preciso acudir.
 ¡Que por una patarata
 Le han de incomodar á un hombre,
 Y hacerle salir de casa
 Cuando quieren! Tú, Muñoz,
 Tampoco sirves de nada
 Para estas cosas. Se ofrece
 Escribir en una llana
 Cuatro renglones, no sabes:
 Vas á buscar una carta,
 No entiendes el sobrescrito,
 Y yo.....

MUÑOZ.

Pues, pese á mi alma,
 ¿No lo sabéis años há?
 ¡Cuidado que tenéis gana
 De quimera! Si no sé,
 ¿Qué le hemos de hacer? ¡No es mala
 La aprensión, salir ahora,
 Sin saber sobre qué caiga,
 Con esa pata de gallo!

D. ROQUE.

¿Muñoz, por eso te enfadas?
 Lo dije porque si fuera
 Posible que me aliviaras
 En ciertas cosas.....

MUÑOZ.

¡El diantre
 De la invención! Vaya, vaya.

D. ROQUE.

Vamos, Muñoz, no te enojés.
 Toma un polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga
 Del polvito! Tengo aquí.

D. ROQUE.

Arrójalo, que eso es granzas.

MUÑOZ.

Así me gusta.

D. ROQUE.

Este es
 De aquello bueno de marras,
 Del padre de la Merced.

Le da la caja, Muñoz la abre y hallándola vacía se la devuelve.

¿Te acuerdas?

MUÑOZ.

Aquí no hay nada.

D. ROQUE.

Es verdad; se me olvidó

Echar tabaco en la caja.

Ya la llenaré después.

(Moratín.)

2. TRAGEDIA.

Pelayo.

ACTO TERCERO.

ESCENA VI.

Munuza, Dosinda, Rogundo, Kerin, Achmet.

ACH. Deteneos, señor..... señor.....

MUN. *(Levantándose asustado.)* ¿Qué es esto?

ACH. Yo daba en este instante los precisos
Ordenes en el templo, cuando escucho
Por todas partes tumultuosos gritos
De alegría. Pregunto receloso
Cuál de esta conmoción es el motivo,
Y acabo de saber, que cuando todos
Estaban en Gijón desprevenidos.
Vieron llegar al duque de Cantabria.

MUN. ¿A Pelayo?

ROG. ¡Oh, gran Dios!

DOS. ¡Cielo propicio,
En qué forzoso instante nos le vuelves!

MUN. ¡Yo no sé dónde estoy!.... Un repentino
Terror..... ¡Ah vil fortuna! ¿pero dónde....

(Volviéndose á sentar.)

ACH. Luégo que tuve tan extraño aviso
Me encaminé, señor, hasta su casa,
Y allí le pude ver entre el bullicio
De inmensa gente que le rodeaba,
Y por no perder tiempo, hácia este sitio
Vuelvo.....

MUN. ¡Qué triste acaso! Escucha. Al punto
Haz que á Rogundo lleven al castillo,
Y á Dosinda á su cuarto.

ESCENA VII.

Munuza, Achmet.

MUN. En fin, fortuna,
Tú has logrado abatirme: tus caprichos
Han agotado toda mi constancia,
Mujer inexorable!.....
.....
Yo cedo á tu rigor y á mi destino!,
¡Pero cruel! el tuyo está en mi mano,
(*Levantándose y mirando al lado por donde entró
Dosinda.*)

Y me quiero vengar. ¡Querido amigo!
Tú ves las confusiones que me cercan;
Dirige mi razón; muestra un camino
De mitigar mis ánsias.

ACH. Sólo es tiempo,
Señor, de que penséis en preveniros
Para sufrir la vista de Pelayo:
El vendrá aquí quejoso y ofendido;
Vos le debéis templar, y proponerle
Antes que los descubra, los designios
Que una vez declarados ya es forzoso
Sostener con vigor..... Pero imagino
Que él se acerca á nosotros.

MUN.

Pues bien, marcha

Y no te alejes.

ESCENA VIII.

Munuza, y después Pelayo.

MUN.

¡Bárbaro destino!

¿Tú me humillas aún al que aborrezco?—
 En fin, señor, el cielo se ha movido
 A mis frecuentes ruegos, pues os trae
 Tan presto á mi presencia: los avisos
 Que Suero me habia dado en vuestro nombre
 Suponian á Tarif muy indeciso
 Sobre mis pretensiones.

PEL.

Mis instancias,

Y el amor que os profesa, le han vencido.
 Mi celo, acelerando los tratados,
 Los concluyó por fin, y con un vivo
 Deseo de llegar.... Pero, Munuza,
 Perdonad si dilato el instruiros
 De vuestros intereses hasta tanto
 Que cese mi zozobra. Cuanto miro,
 Cuanto escucho y advierto me sorprende.
 ¡Arrestado Rogundo en el castillo,
 Reclusa en el palacio la princesa,
 Turbado vos, el pueblo conmovido,
 Mudos y misteriosos los semblantes,
 Todo me hace temer algun designio
 El que quizá se ofende mi decoro!
 Ana verdad, después de mis designios
 Y pruebas de amistad, yo no debiera
 Recelar que Munuza ha perseguido
 El honor puro de un amigo ausente;
 Pero mil conjeturas, mil indicios
 Me llenan de zozobra, y os acusan.

MUN. Señor, pues me haceis cargo de un delito,
 Fundado en conjeturas, sin dar tiempo
 A que me justifique, ya es preciso,
 Enteraros de todos mis intentos,
 Pero antes permitid á mi cariño
 Que os recuerde las gracias singulares
 Hechas á vuestra patria y á vos mismo.
 Cuando Asturias yacia sepultada
 Debajo de sus ruinas, y el pié altivo
 Del africano hollaba este terreno
 Como su vencedor, los beneficios
 Que repartió la diestra de Munuza,
 Templaron de un despótico dominio
 Y un cautiverio el insufrible yugo:
 Colocado en Gijón á sus vecinos
 Y á los cercanos pueblos dicté leyes,
 No como sustituto de un altivo
 Conquistador, sino como un patriota
 Que sentia mirarlos oprimidos.
 La nobleza de España y de los godos,
 A quien la guerra retiró á estos riscos,
 Halló bajo el amparo de Munuza
 Un inviolable y natural asilo.

.....
 Para afianzar más bien nuestro cariño
 Os pedí á vuestra hermana: mi ternura
 Os creyó favorable á este designio.

PEL. De mi hermana, gran Dios! Qué me habéis dicho?
 ¿Estoy despierto, ó sueño lo que escucho?
 ¿Sois vos el que me habláis?

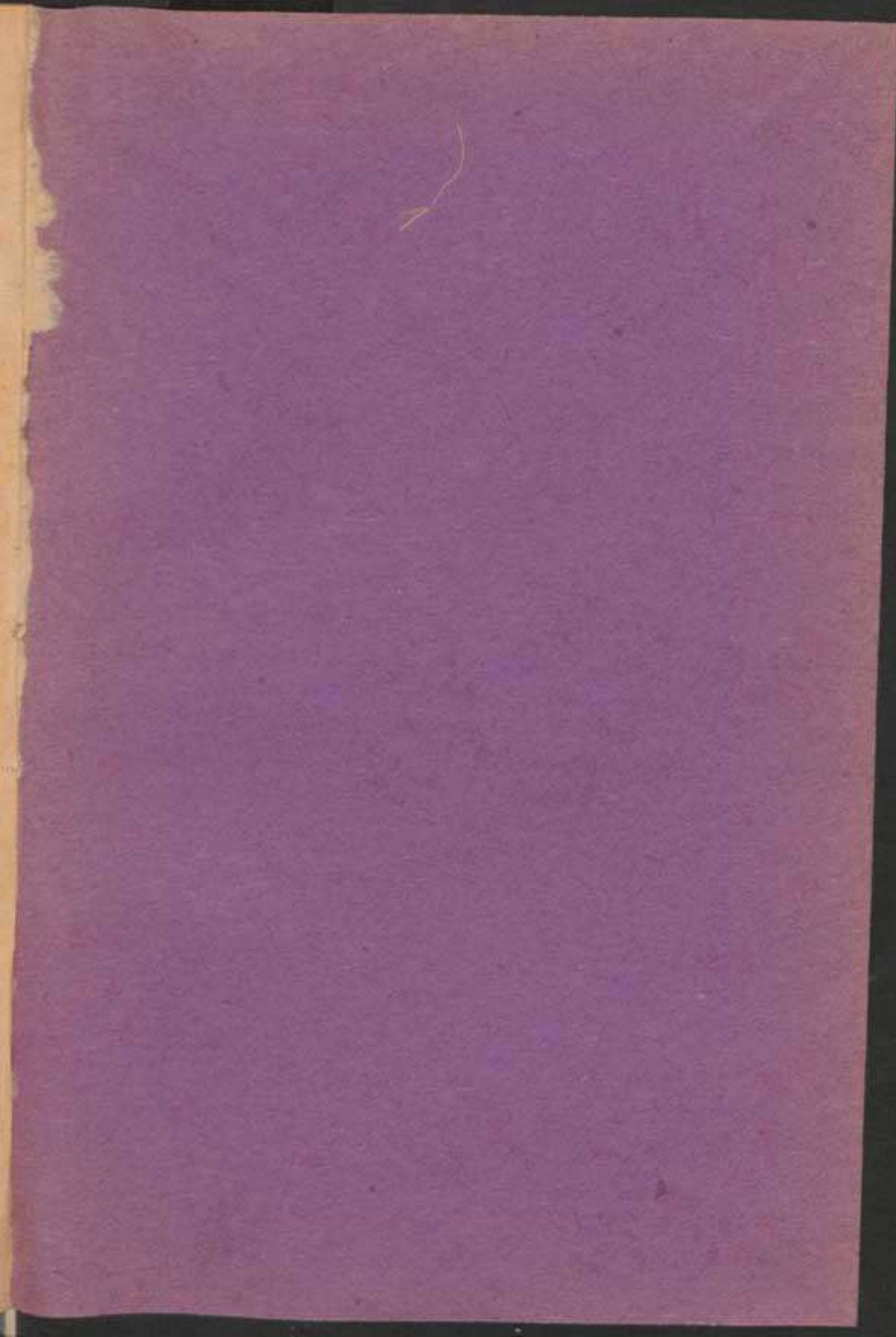
MUN. ¿Y qué motivo
 Os obliga á dudarlo?

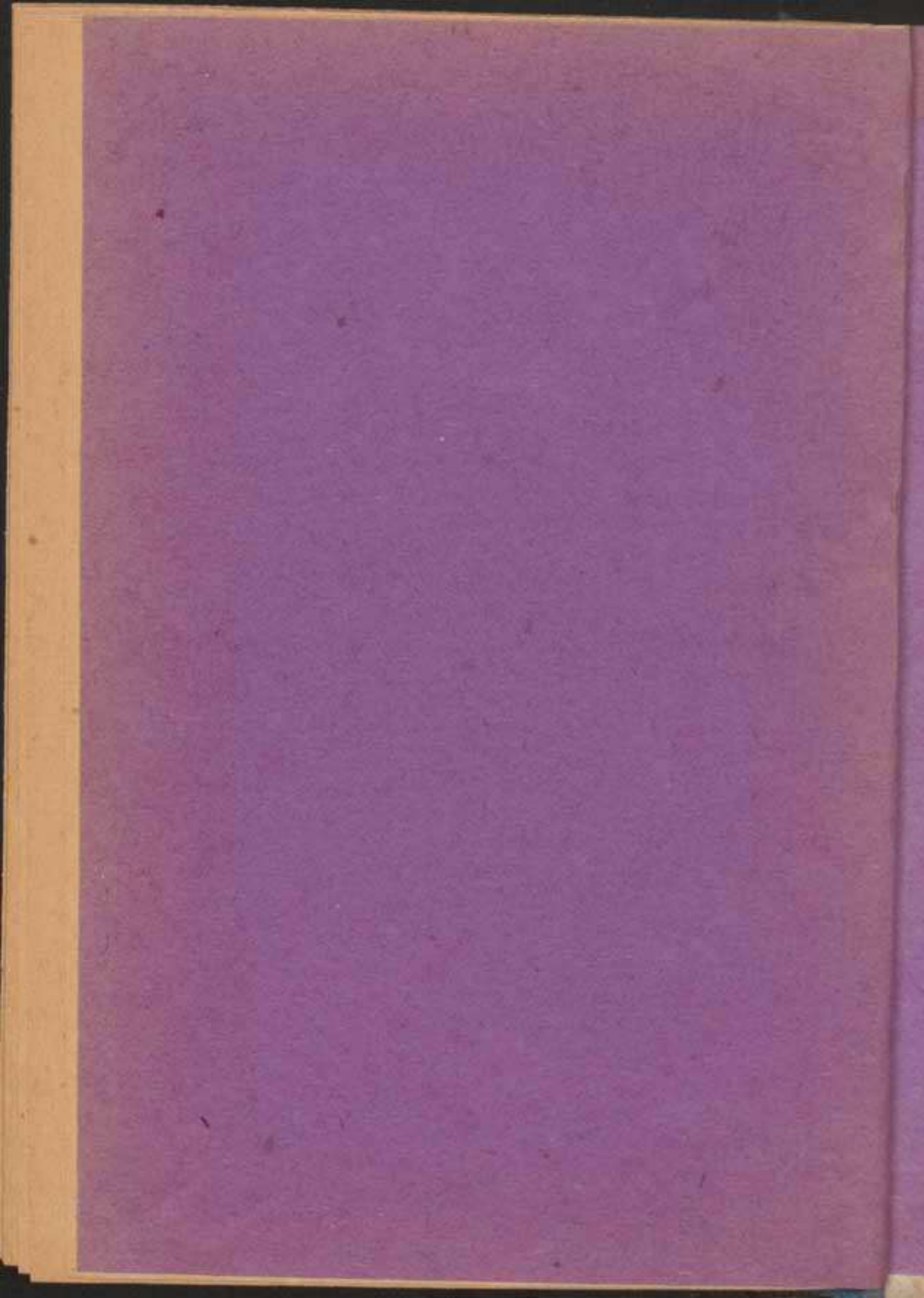
PEL. ¡Oh, vil perfidia!
 ¡Oh, traición! ¡Oh, proyecto fementido!
 ¡Oh, delito el más negro y más odioso!

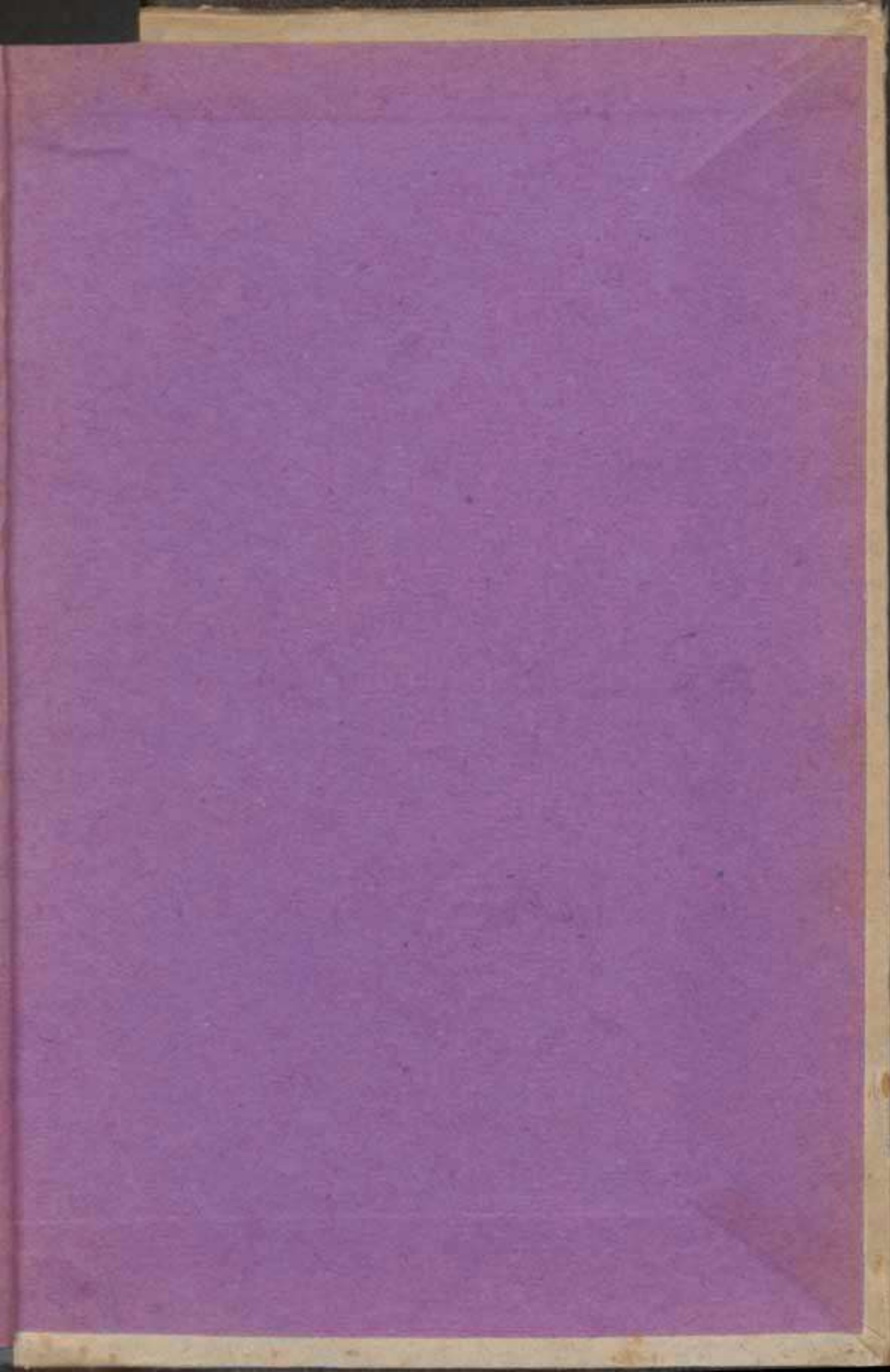
MUN. Serenáos, señor, y mi cariño
 No difaméis con títulos tan viles.
 Respetad el ardor y los designios
 De un corazón amante y desdeñado.

PEL. ¿De esta suerte en un punto, ingrato amigo.
 Despreciando los santos juramentos,
 El lustre de mi sangre y mis servicios,
 La fuerza de los pactos más solemnes
 Y la pura amistad, ibais sin tino
 A profanar con mano temeraria
 Un vínculo sagrado? Y cuando indigno
 Del suelo que os sostiene, estáis fraguando
 Los más negros y pérfidos designios,
 Pronunciáis sin rubor los santos nombres
 De honor y de amistad? ¿Pues qué, el sobrino
 Del último rey godo, á cuyas sienes
 Se debe la corona de Rodrigo,
 Querrá entregar la mano de su hermana
 A un vil engañador, á un fementido
 Partidario del nombre sarraceno,
 Infame ejecutor de sus designios?
 Sin duda el cielo aceleró mi vuelta
 Para estorbar proyecto tan impio,
 Y en vano alegrarás en favor tuyo
 Una falsa amistad, cuyos principios
 Fueron el interés y la perfidia:
 Amistad vergonzosa que abomino,
 Lejos de respetarla.....

(*Jovellanos.*)







EL PROFESORADO

LIBRERÍA DE PRIMERA Y SEGUNDA ENSEÑANZA

RUA NUEVA, 28—CORUÑA

Este establecimiento, especial en el ramo de primera enseñanza tiene á la venta un completo surtido de libros y menage de escuelas, módico y único en sus clases.

Hay programas de las asignaturas de la Escuela Normal de Maestras y libros de texto para todas las materias.

Se facilitan Catálogos de esta casa al que los solicite.

28—RUA NUEVA—28

L.E.